81

Pedro Muñoz Seca

LA FARSA

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS

SEGUNDA EDICION

Copyright, by P. Muñoz Seca, 1922.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1922

LA FARSA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[222:3]

LA FARSA

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA
de Madrid
el 24 de Diciembre de 1921

SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1922

A Emilio González Llana, que será ministro muy pronto.

Gen. Res. Span.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO...	Sra. Díaz de Artigas
PACIENCIA...	Salvador.
ENCARNITA...	Valero.
TERESA...	Srta. Hermosa.
REGINA...	Guerrero López
PETRA...	Larrabeiti (M.).
MOSCOSO...	Sr. Díaz de Mendoza
EVARISTO...	Santiago.
DON LINO...	Capilla.
FRUTOS...	Artigas.
CLOTARIO...	González Marín
DON ANTONIO...	Cirera.
ZAMBRANO...	Juste.
MEDINA...	Vedia.
REBOLLO....	Suárez.

Acto primero

Amplio recibimiento en casa de don Antonio Torralba. La casa de Torralba es un antiguo y vetusto edificio; uno de esos enormes caserones provincianos de recias puertas y vigas de robles.

En el primer término del lateral derecha (actor), una puerta. En último término y en chaflán, un corredor que simula conducir a la calle.—En el foro, una puerta muy amplia que da acceso a un jardín lleno de luz y de arbolado.—En el lateral izquierda, último término, el arranque de una escalera que se pierde en el lateral; en primer término, otra puerta. Los muebles de este recibimiento serán de una gran severidad y del más puro estilo español. Un arcón, un banco, una mesa, un par de sillones y todas las sillas que hagan falta.—En las paredes, alguna panoplia, algún trofeo de caza y algún retrato antiguo de algún señor engolado y con gesto de hiperclorhídrico. La acción en una capital de provincia de segundo orden; lo mismo da Cáceres que Badajoz.—Epoca actual.—Es de día, por el mes de Abril y a eso de las once y media de la mañana.

(Al levantarse la cortina está en escena EVARISTO examinando las piezas de una vieja y desarmada armadura. Evaristo es andaluz, viste de obscuro y tiene aspecto de lo que es, de ayuda de cámara; pero un ayuda de cámara que se pierde de vista.)

Evaristo Bueno, esto será una armadura, pero esto no hay quien lo arme. ¡Y que haiga dao mi amo cincuenta duros por esta birria! Mi amo está majareta perdío. Y los antiguos tampoco andaban muy cabales: porque hase farta buen humó pa í a peleá metío en un chubes-

ky. Además, esto no está completo: aquí me fartan la má de tornillos, y me sobran estas piesas.

Teresa *(Criada, joven y guapa, por el corredor de la derecha.)* Evaristo...

Evaristo ¡Sentrañas! ¡Viva Cáceres!

Teresa Siempre está usted de buen humor.

Evaristo Pues ahora estoy que echo las muelas. Esta salamandra me está haciendo sudá.

Teresa *(Examinando la armadura.)* ¿Eso es romano? ¿No?

Evaristo Besigótico. Una americana de aquel tiempo. Pa la lluvia. Habría que ver ar Cí con esto puesto y con una purguita en la paletilla. ¡Como no se rascara con un martillo!...

Teresa Bueno, a lo que yo vengo. Ahí está un hombre preguntando por el señor Moscoso.

Evaristo Está en misa de doce.

Teresa Eso le he dicho yo, pero él dice que, a falta del señor Moscoso, quiere hablar con usted.

Evaristo Pues que pase.

Teresa *(Acercándose al corredor y gritando.)* ¡Entre usted! *(Iniciando el mutis por la izquierda, primera puerta.)* Hasta luego.

Evaristo *(Viéndola ir y piropeándola.)* ¡Ay, Teresilla!... ¡Qué colaísimo estoy!

Teresa *(Riendo.)* Me parece a mí que a usted le falta un tornillo.

Evaristo Y seis también. *(Vase Teresa.)*

Medina ¿Se puede? *(Este Medina es joven y viste medianamente.)*

Evaristo ¿Eh? ¡Anda! Pero si es Medina. ¿Qué tal, hombre? *(Le abraza.)* ¿Cómo tú por aquí?

Medina Pues que estamos ahí en Trujillo dando seis funciones, y vengo a ver si arreglo aquí otras seis.

Evaristo Tú sigues en la compañía de Rebollo, ¿no?

Medina Sí; con él sigo de representante y de actor y de todo lo que haga falta. ¡Estoy más cansao de hacer comedias por los pueblos, Evaristo!...

Evaristo Pero si ese Rebollo no pue ser, Medina. Es un cómico muy malo.

Medina Hombre, estando el cielo despejao se le puede oir; ahora que cuando se nubla o sopla el viento del Sur empieza a tartamudear y no hay quien lo entienda. Una idiosingrasia.

Evaristo Pero que sin grasia ninguna.

Medina Ahora está tomando corrientes eléctricas, a ver si se le quita. Por cierto que el otro día por poco se mata. Porque él toma las corrientes yéndose al campo y tirando un alambrito a los hilos del telégrafo. El jueves, distraidamente, hizo esa faena en un cable de alta tensión; un cable que venía no sé de qué salto, y para salto el que pegó Rebollo. *(Ríe Evaristo.)* Chico, llegó al teatro que echaba chispas. Ahora, que le sirvió, porque hizo un Gran Galeoto, que electrizó a las masas.

Evaristo Lo creo. Escucha, ¿y por quién sabías tú que estábamos aquí, en Cáceres?

Medina Por los periódicos de Madrid. Qué: descansando, ¿no?

Evaristo Descansando y curándonos la nurastenia, porque, hijo mío, hemos pasao lo nuestro. Y es que es mucho trabajo; llevamos ocho años que es un aperreo. De Madrí a América, de América a provincias, y vuelta a Madrí y vuelta a empezar... ¡La locura! Además, lo del tiro echó la llave. Ya te enterarías.

Medina Hombre, sí. ¿Y qué fué aquéllo, tú?

Evaristo Una esaborición. Que íbamos a salir en automóvil pa Zaragoza, con el objeto de debutar el Sábado de Gloria. Don Ricardo cargó el revólver, porque como casi siempre atropellamos a alguien y todavía hay quien protesta, ¿sabes?, tiene uno que ir prevenido...

Medina ¡Claro!

Evaristo Pues al cargar el revólver, ¡¡pum!!, se le escapó un tiro y le entró la bala por la «claudícula» izquierda y le salió por el «osmoplato», o como se diga. Total, que por poquito las lía. Estuvo una semana, que yo me asusté. Pero como tiene buena naturaleza, a pesar de los médicos y de las medicinas, se curó.

Medina Hubiera sido una pena que por una tontería se hubiera desgraciado uno de los cómicos más grandes de España.

Evaristo Hace quince días le aconsejaron que debía descansar un par de meses para reponerse del todo, y aquí estamos reponiéndonos.

Medina Escucha: ¿y cómo ha sido lo de venir a Cáceres? ¿Es que Moscoso tiene aquí familia?

Evaristo Don Ricardo no tiene familia en ninguna parte. Es que aquí vive don Antonio Torralba, su mejor amigo. Es decir, su amigo y su administrador, porque esta casa es de Moscoso y esa finca grande de olivos que le llaman Las Agarenas, también es suya.

Medina ¡Como que tu amo tiene una de dinero!...

Evaristo Hombre, muy ricos no somos, pero estamos bien. ¡Lo que tiene es un corazón!... Cuando este amigo suyo, don Antonio Torralba, quebró, hace muchos años, y se quedó sin dos reales, fué don Ricardo y compró esta casa y esa finca pa que su amigo las administrase y pudiera vivir. ¿Eh? ¿Es una arsión o no es una arsión?

Medina Ya lo creo.

Evaristo Excuso decirte cómo nos tratan aquí. ¡Nos estamos dando una vidita!... A mí no me miran como a un criao, sino como a un amigo. Es muy buena gente. Don Antonio Torralba es un pan; Rosarito, su hija, que es una chispita tonta y argo nerviosilla, es un merengue de coco, y la hermana de don Antonio, la que lleva la casa, porque don Antonio es viudo, bueno, esa es una jamona de veintidós quilates. ¡Vaya una mujer! No tiene más que dos cosas feas: el nombre, porque se llama doña Paciencia, y el pretendiente, un tal don Lino Cimballos, registrador de la propiedad, y un gachó que lo ves y te revuelcas de risa, porque más feo no se encorambra. Mira, el bigote le ha salido en las cejas.

Medina ¡Caray!

Evaristo Lo que oyes: tiene las cejas a la borgoñona. Y luego, le ha brotado un lobanillo en semejante sitio, *(Por el parietal derecho.)* y como no se puede encasquetar el sombrero, lo lleva de medio lao y con una chulería, que no te exagero, Medina, lo miras y te congestionas. Aquí vendrá dentro de un rato, porque los domingos almuerza con la familia. Si luego vuelves le conocerás.

Medina Sí, luego vendré a saludar a don Ricardo y a suplicarle que me recomiende al dueño del teatro para arreglar eso de las funciones. A ver si aquí se nos da bien, porque llevamos una rachita... Volveré a eso de las cuatro.

Evaristo Cuando gustes, ya sabes que ésta es tu casa.

Medina ¿Se sale por aquí?

Evaristo Vete, si quieres, por el jardín. Verás un jardín bonito. A la derecha está la verja.

Medina Hasta luego.

Evaristo Adiós, hombre. *(Se va Medina por el foro.)* También eres tú un comiquito que estás apañao. La única vez que le he visto trabajar, en vez de anunciar «La sopa está en la mesa», dijo muy serio «La mesa está en la sopa», y, es claro, empezó todo el mundo a gritar «¡Pues vaya cardo!». *(Rumor de voces dentro.)* Ahí está ya la familia. *(Simula trabajar muy afanosamente en la armadura.)* *(Por el corredor de la derecha entran en escena, charlando animadamente, PACIENCIA, ROSARIO, ENCARNITA, REGINA y PETRA, seguidas de DON LINO y de FRUTOS. Paciencia es una mujer de cuarenta años; Rosario no ha cumplido aún los veinte y es, más que ingenua, un poquito tonta; Regina y Petra son dos muchachas muy jóvenes, y Encarnita una señora de cincuenta corriditos. Don Lino es el personaje descripto por Evaristo en la escena anterior. Trae un enorme hongo muy ladeado. Frutos es un muchachote fuerte, serio y simpático. Todos estos personajes, excepto don Lino, que es un tío raro, visten con cierta elegancia. Ellas, como vienen de misa, traen sus buenas mantillas, libros, rosarios, etc., etc. Si en Cáceres no se va a misa de doce con mantilla, no he dicho nada.)*

Paciencia ¿Pero qué es eso, Evaristo? ¿Aún está usted enredado con la armadura?

Evaristo Como que esto es un rompecabezas, doña Paciencia.

Paciencia ¿Han visto ustedes la joya que compró ayer Ricardo? *(Todos se acercan.)*

D. Lino ¿A ver? ¡Bonito! Siglo XV. Pero aquí faltan piezas.

Evaristo ¿Que faltan? Pero si a mí me estaban sobrando cuatro o cinco.

D. Lino Pues mire usted, al peto le falta el ristre y a la hombrera, la bufa.

Evaristo ¡Caracoles!

D. Lino Pero ¿qué veo? ¿Le está usted poniendo las manoplas en las rodilleras? ¡Sí que la está usted armando!

Evaristo Claro que la estoy armando, pero a mi modo. Nadie nase sabiendo, don Lino. No se crea usté que armá esto es armá una juerga.

D. Lino Y está muy bien conservada.

Evaristo Claro, el latón... A esto se le ponen cuatro ruedas y un «For».

Encarnita Ya ve usted, Evaristo, que en nuestro rincón también se encuentran cosas buenas.

Evaristo Señora, mi amo ha encontrado la mejor de todas, que es la salud.

Petra Es verdad.

Paciencia Claro, en cuanto ha descansado un poco. No solo el trabajo, sino hasta los triunfos y los aplausos piden tregua de vez en vez.

Evaristo Tiene usté razón: era mucho el trajín que traíamos.

Rosario ¡Miren ustedes que no haberle visto yo trabajar! Nadie lo creería. ¿Verdad, Encarnita? ¿Verdad, don Lino? ¿Verdad, niñas? Tener la fortuna de ser ahijada de un actor tan famoso y no haberle visto trabajar nunca. ¡Me da una rabia!... ¡Jesús, qué rabia!

Encarnita Como que hasta ahora no le has conocido.

Rosario Claro, ¿cómo le iba a conocer? Yo siempre aquí en Cáceres y él por ahí, por esos mundos... ¿Verdad?...

D. Lino Es que cada persona, como cada astro, tiene su órbita, ¿eh? Y si las órbitas no coinciden... ¿Eh? ¿Se entiende la imagen?

Evaristo Y se la venera.

Rosario Y miren ustedes qué cosa tan rara...

Todos ¿Eh? ¿Qué? ¿Dónde?

Rosario No, si es que digo que habiendo hablado con el padrino por primera vez hace unos días, me parece que he vivido siempre a su lado.

Paciencia Y en cierto modo has vivido siempre a su lado, porque has vivido con su recuerdo. Tu padre y yo te hemos hablado de él a todas horas. Desde que tienes uso de razón no has dejado de oir pronunciar su nombre un solo día.

Rosario Es verdad.

Paciencia Cuantas veces te he dicho yo, «Rosarito, hija mía, tu padrino es nuestra providencia; nuestro bienestar es la obra de tu padrino»... Esto te ha acostumbrado a mirarle, no sólo como a nuestro protector, sino también como a una persona de la familia, que estaba cerca de ti sin estarlo.

D. Lino *(Escuchándose mucho.)* Además, que los hombres como Moscoso no están nunca lejos, ya que todos los días, las conocidas trompas de la Fama nos traen su nombre a las no menos conocidas de Eustaquio.

Paciencia ¿Cómo?

D. Lino A los oídos, quise decir circunloquiando.

Encarnita Muy bonito, don Lino; muy bonito.

Petra Lo que comprendo es que te sientas orgullosa de tener un padrino cuyo talento admira todo el mundo.

Regina Y cuyo retrato viene casi todos los días en los periódicos.

Rosario Claro.

Paciencia Y sobre todo, hija mía, que los que nos ahogamos en la prosa de esta existencia provinciana, necesitamos, de vez en cuando, que nos refresque el alma alguna ráfaga de algo... espiritual.

Encarnita Dice usted bien. ¡Ay! *(Suspira. Pausa. Las señoras quedan pensativas, ensimismadas.)*

D. Lino *(Aparte a Frutos.)* Sin saber por qué, estoy de Moscoso hasta el lobanillo.

Frutos *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Pchst!

D. Lino *(Como antes.)* Desde que he llegado a Cáceres me parece que Paciencia no es la misma.

Frutos ¡Bah!

D. Lino Ni Rosario tampoco.

Frutos ¿Eh?...

Encarnita Oiga usted, Evaristo. ¿Y don Ricardo no ha pensado nunca en casarse?

Evaristo Que yo sepa... Y es lo que debía hasé; porque él cumplió ya los treinta y cinco...

D. Lino ¿Cuándo?

Evaristo Hace diez años.

D. Lino ¡Ah!

Paciencia Sí, eso creo yo que tendrá, unos cuarenta y cinco años. Yo le conocí cuando la boda de tu padre con mi pobre hermana, y tendría entonces veinticinco años a lo sumo. ¡Parece que le estoy viendo! *(Suspira.)*

Rosario Pues nadie diría que tiene esa edad. ¿Verdad, don Lino? ¿Verdad, Encarnita? ¿Verdad, niñas?

Todos Nadie, nadie...

D. Lino La Química hace milagros, Rosarito.

Paciencia De muy mal gusto, Lino; de muy mal gusto.

D. Lino Perdóneme, Paciencia.

Evaristo Pues todavía se caracteriza y sale a escena y parece un muchacho. ¡Como tiene esa figura!... Hay que verlo de frac. Pues ¿y de chambergo? Pues y de Rey de Roma, con su coronita, sus enagüitas, sus piernecitas al aire y subío en un carro romano, que es unas parigüelas. ¡Josú, Josú!, es un paso de Semana Santa. Bueno, las mujeres se lo comen con los gemelos. ¡Es mucho don Ricardo!

Encarnita Ha debido ser el ídolo de las mujeres, ¿no?

Evaristo Figúrese usté. Los grandes artistas suelen siempre cortá er bacalao, y nosotros hemos hecho lo que hemos podío.

Paciencia Usted habla siempre en plural, y hay plurales bastante peligrosos.

Evaristo Ya usté me entiende, doña Paciencia. Quiero decir que nosotros, durante mucho tiempo, hemos hecho el *Tenorio*, no solo en Noviembre, sino en tos los meses del año. El hacía de Don Juan y yo de Ciuti; un Ciuti que no se asustaba de los ardabonasos. Pero ahora, la verdá sea dicha, las «meses» nos cogen una mijita cansaos. Ahora, lo que ya nos va conviniendo es una buena Brígida, que nos tenga la casa limpita y la ropa mu bien repasá, ¿eh?

Encarnita *(Con la boca hecha agua.)* ¿Y dónde está Moscoso?

Evaristo (Se ha mudao.)

Rosario No sé; salió de misa con mi padre. Como hasta la una y media no comemos...

Teresa *(Por la izquierda, primera puerta.)* La señorita dirá qué flores se cortan para adornar la mesa.

Paciencia Nosotras nos ocuparemos de eso. Trae unas cestillas y las tijeras. *(Se va Teresa por la izquierda.)* ¿Me ayudan ustedes, niñas?

Petra Con muchísimo gusto.

Regina Sí; vamos.

D. Lino Me figuro que habrá una flor para mí.

Paciencia Hasta los gatos quieren zapatos.

D. Lino (Lo dicho, yo creo que no es la misma.)

Teresa *(Entrando en escena con lo que le pidieron.)* Tome usted. *(Entrega los cestillos y las tijeras.)*

Paciencia Evaristo, venga usted con nosotras. Hay que encaramarse al guindo para coger unas cuan-

tas guindas que están ya maduras, y ni nosotras ni don Lino estamos para esos trotes.

Evaristo Como que ya don Lino se cayó una vez, ¿no?

D. Lino *(Inocentemente.)* No... Es decir, cuando pequeño me caí de un moral.

Evaristo Pues yo había oído decir que se había usté caído de un guindo...

D. Lino No, fué de un moral... *(Se van por el foro Paciencia, Encarnita, Petra, Regina, don Lino y Evaristo.)*

Teresa *(Yéndose por el corredor de la derecha.)* (Es un hombre muy salao.) *(Quedan en escena Rosario y Frutos.)*

Frutos Celebro que nos dejen solos.

Rosario ¡Jesús, hijo, qué milagro! ¡Mira, que celebrar tú eso! ¡Yo creo que tú eres el único novio a quien no le molesta nunca la gente!

Frutos ¿Eh?

Rosario Todos los novios andan siempre buscando las vueltas para... Pero tú, sí, sí...

Frutos Las cosas que yo te digo puede oirlas todo el mundo.

Rosario Así son ellas de poéticas. ¡Jesús! ¡Ay, qué cosas! Es lástima que no podamos hablarnos con bocina.

Frutos ¡Siempre el romanticismo! ¡Qué daño te ha hecho la compañía de tu padrino!

Rosario Te prohibo que hables mal de mi padrino. ¡Ea! ¡Hasta ahí podían llegar las cosas!

Frutos Líbreme Dios de hablar mal de él. Digo que te ha hecho daño su compañía, porque a su lado no piensas más que en cosas fantásticas, y lo que tú necesitas no es quien te saque de la realidad, sino quien te haga entrar en ella.

Rosario No, si lo que yo necesito es un padrino con zamarra y faja, que me hable de que hay que esquilar a las ovejas y de que el aceite puede venderse a cinco duros, que es de lo que me hablas tú. ¿No es verdad? Pues no, hijo, no. ¡Tuviera que ver! ¡Ay, qué gracioso!

Frutos Déjate de epígramas y de mohines y hablemos con formalidad.

Rosario Como quieras. Te escucho. ¿Qué era lo que tenías que decirme a solas?

Frutos Pues quería decirte que es preciso que fijemos la fecha de la boda.

Rosario ¿Ya? ¡No, hijo, no! No corre tanta prisa.

Frutos ¡Qué poco me quieres, Rosario!

Rosario Todo lo contrario, te quiero muchísimo; pero una cosa es quererse y otra casarse.

Frutos No te entiendo.

Rosario Mira, Frutos... ¡Ay, hijo, qué nombre tienes tan prosaiquísimo! Debías cambiártelo. ¡Mira que Frutos!... Es una cosa que no me acostumbro.

Frutos Estamos hablando con formalidad, Rosarito.

Rosario Y formalmente te digo que eres el muchacho más juicioso y más trabajador que conozco. Me lo dice, además, todo el mundo. «Como Frutos, nadie, Rosario; nadie, nadie». Estoy convencida de que a tu lado encontraría la felicidad, pero... te soy franca; me pongo a pensar y a pensar, y le temo a esa felicidad.

Frutos ¡Mujer!

Rosario Sí; yo me entiendo. Sería una felicidad demasiado casera; una felicidad de zapatilla y gorro; que hace lo mismo todos los días; que madruga, que toma el chocolate leyendo *El Eco de la Provincia;* que recibe luego a los colonos y hablan de si el trigo sube o baja; que juega al tresillo por las tardes y que pasea los domingos por la plaza mayor, después de misa, con algún canónigo. ¡Qué horror, hijo!... ¡Qué horror!

Frutos Nunca te oí decir que aborrecieras la vida provinciana, tanto más cuanto que no conoces otra.

Rosario ¡Ah! Pues por lo mismo.

Frutos ¿Dónde habrías de estar mejor que aquí, en el rincón en que has nacido, donde están todos los que te quieren? ¿Qué sería de ti si tuvieras que cambiar tu cuarto tan grande, tan lleno de sol, por una de esas habitaciones de Madrid, donde tus canarios se muriesen de frío?

Rosario ¡Ay, no! Eso no. ¡Qué espanto! Nada de Madrid. Me moriría de tristeza si no viese mi huerta al pie del balcón; mi huerta llena de claveles en Abril y de rosas en Mayo y de adelfas en Julio.

Frutos ¿Ves cómo te pasas a mi bando; cómo no encuentras mayor felicidad que la de una existencia tranquila, sin agitaciones malsanas, sin comedias?

Rosario ¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Frutos ¿Eh?

Rosario Yo no necesito diversiones; lo que necesito es lo que no encuentro en ti, por más que lo busco: cariño. Pero cariño a mi manera. *(A un gesto de Frutos.)* Sí: a mi manera Porque tú me estimas, prueba de ello es que quieres casarte conmigo; pero, vamos, estimar no es querer, por lo menos como yo deseo ser querida. Porque es que yo sueño... ¡Ay! *(Hablando con la atmósfera.)* ¡Amor mío!... ¡Ah!... ¡Mírame y mátame luego! ¡¡¡Sí!!! ¡¡Ah!!...

Frutos ¿Estás loca?

Rosario No me comprendes...

Frutos De manera que tú preferirías, a un cariño tan firme como el mío, otro menos sincero, con tal que fuera menos prosaico, ¿no? Hija mía, tienes la cabeza llena de pájaros.

Rosario Pues déjalos que trinen. ¿No eres tan aficionado al campo? Pues, hijo mío, el campo parece muerto cuando no tiene pájaros que... *(Corriendo hacia la derecha.)* ¡Ay! ¡El padrino! *(Frutos hace un marcado gesto de contrariedad.)* ¿Pero adónde se metieron ustedes?

(Entran en escena, por el corredor de la derecha, DON ANTONIO y MOSCOSO.—Don Antonio es un hombre de cincuenta años, pero mal conservado, todo lo contrario de Moscoso, que teniendo esa misma edad, es un hombre que se cuida y parece más joven.)

Moscoso Hemos dado un paseo por ahí; pero, hija mía, esto es imposible; hasta los chicos se detienen al verme y se dicen los unos a los otros: «Míralo: es ese... ¡ese!» Cualquiera pensaría que he cometido un crimen.

Rosario ¡Por Dios, padrino! Es natural. ¿Verdad, papaíto?

Antonio Claro; cuando una celebridad como él viene a un rincón como el nuestro, tiene que resignarse a las naturales consecuencias... Es difícil librarse de la propia gloria.

Moscoso ¡Qué gloria ni qué calabazas! *(Sentándose.)* ¿Sabes que vengo cansado?

Antonio ¿Y adónde están los demás?

Rosario Han ido al jardín y a la huerta. Avísales, Frutos.

Frutos Con mucho gusto. *(Se va por el foro.)*

Antonio Yo voy a mi despacho a ver si he tenido alguna carta. ¡Ah! Di a tu tía que Clotario Monterón va a venir a comer con nosotros.

Rosario ¡Papá, por la Virgen Santísima! ¿Te has olvidado de que hoy come también con nosotros don Lino, y son enemigos irreconciliables?

Antonio ¿Y qué quieres, si él mismo se ha convidado? Dice que desea conocer a Ricardo.

Moscoso Por Dios, no presentarme a nadie más.

Antonio Este es un tipo que puede divertirte. Es un muchacho literato, que escribe unas cosas que no hay quien las entienda. Puede que quiera leerte alguna comedia, porque ha estrenado ya dos obras: *Las balas*, que fué una pita espantosa, y un drama titulado: *Hasta las tumbas se abrieron gritando venganza y adelante*, que, cómo sería el drama, que al segundo acto hubo que devolver el dinero a los espectadores y darles encima una peseta de indemnización por el mal rato que habían pasado.

Moscoso ¡Qué atrocidad! Pues a mí lecturitas, no.

Antonio Bueno, vuelvo en seguida. *(Mutis por la derecha, primera puerta.)*

Moscoso Rosarito, que conmigo estás siempre cumplida. Si quieres irte con tu novio...

Rosario Prefiero hacerle a usted compañía.

Moscoso Cuidado, que puede disgustarle la preferencia.

Rosario Frutos no se disgusta por eso. Además, que para estar con él me queda toda la vida: mientras que usted, el mejor día levanta el vuelo y adiós padrino... ¡adiós para siempre!... ¡Cuánto voy a llorar ese día!

Moscoso Claro; me quieres tanto...

Rosario Mucho, sí, señor; mucho. Y no lo eche a broma, porque me molesta. Ya lo sabe.

Moscoso ¿Pero cómo me vas a querer si apenas hace diez días que me has conocido?

Rosario *(Rectificándole.)* Que le he visto. Conocerle, le conocía de siempre. ¡Poco que hablamos de usted a todas horas! Le estamos todos tan agradecidos...

Moscoso Mira, déjate de gratitudes. No imites a tu padre, que se pone imposible.

Rosario Como usted quiera.

Moscoso Y dime, ¿cómo te figurabas tú que era yo?

Rosario Pues tal y como es. Igual, igual, igual.

Moscoso Es decir, un cómico hastiado, gruñón, casi en el invierno de la vida...

Rosario Pongamos en el otoño... y sin echar en olvido que el otoño es la mejor estación del año.

Moscoso La más tristona.

Rosario La más bonita. ¡Ay! ¡A mí me gusta más el otoño!...

Moscoso ¿Vas a echarme piropos?

Rosario No me incite usted a que lo haga, porque si empiezo voy a tener para un rato. ¿Usted sabe lo envanecida que yo me siento de tener semejante padrino?

Moscoso ¡Por Dios!...

Rosario Si alguna vez quiere usted saber todo lo que han dicho de usted los periódicos, no tiene más que preguntármelo a mí, porque yo los guardo todos.

Moscoso ¿Es posible?

Rosario Ya lo creo. Le tengo retratado en todas las actitudes y con todos los trajes.

Moscoso Mentiras de teatro y lisonjas de fotógrafos. Forzosamente has debido sufrir una decepción al verme tal y como soy.

Rosario Le digo a usted que no. Unicamente...

Moscoso ¡Hola, hola!

Rosario Sí, ¿por qué negarlo? Yo me lo figuraba a usted alegre, como empieza a estar ahora, que ya se va restableciendo, y cuando llegó usted venía tan triste... ¡Qué pena me dió! Yo no hacía más que preguntarme: ¿esa tristeza será de la enfermedad o será que ha dejado en Madrid algún cariño de los que no se olvidan?

Moscoso ¡Ah! De modo que tú te imaginaste alguna novela...

Rosario Claro; pero luego, al ver que no recibía usted ninguna carta de mujer, pues... *(Comprende que ha dicho una inconveniencia y se calla azorada.)*

Moscoso ¿Y cómo sabes tú que yo no he recibido ninguna carta de?.

Rosario *(Azoradísima.)* Pues, no; es que... Porque yo, le...

Moscoso *(Riendo.)* ¡Ay, Rosarito! Tienes un defectillo que te va a proporcionar más de un disgusto. Eres un poquito romántica.

Rosario Un poquillo es poco, padrino.

Moscoso ¿Lo confiesas?

Rosario Sí, señor. Soy romántica: no puedo remediarlo. Detesto lo vulgar. ¡Uf!... Lo vulgar me molesta. Por eso me gusta tanto estar con usted, porque usted, cuando habla de arte y de luchas y de pasiones, habla otro idioma que el que estoy acostumbrada a oir.

Moscoso ¿Y en ese idioma no te habla alguien mejor que yo?

Rosario Quién, ¿mi novio? Bueno está Frutos para eso. A él no hay que sacarle de las cosas prácticas.

Moscoso Hace bien. Es lo más útil de la vida.

Rosario Cuando se está siempre despierto, sí.

Moscoso *(Confidencial.)* ¿Y tú no lo estás?

Rosario *(Mirándole muy rendidamente.)* A mí me gusta soñar un poquito de vez en cuando... ¡Ay!

Evaristo *(Por el foro. Trae una cesta con frutas. Al ver a los dos se detiene.)* (¡Asúcar!) Señorito...

Moscoso ¿Qué hay, Evaristo?

Evaristo ¿Ha tomao usté er pontingue ese que toma usté media hora antes de las comidas?

Rosario ¡Ay! ¡Por Dios! Que no lo ha tomado. ¿Ve usted? A mi tía no se le hubiera olvidado jamás.

Evaristo Como que ella ha sido la que me lo ha recordao a mí.

Rosario Voy por él.

Moscoso Deja, mujer, si aún no es tiempo.

Rosario Sí, señor, que ya es la una. *(A Evaristo.)* Hay que templar el agua, ¿no?

Evaristo Sí, señora. Tres gotas del tarro asú, un papelillo de la caja larga y to en un buchito de agua templá. Yo no creo que eso sirva pa na, pero en fin, ya que está comprao...

Rosario Vuelvo en seguida. *(Se va por la izquierda, primera puerta.)*

Evaristo Don Ricardo...

Moscoso ¿Qué ocurre?

Evaristo *(Después de cerciorarse de que nadie le escucha.)* Pos ocurre que en esta casa, como usté dise argunas veses, soplan vientos de «fonda».

Moscoso ¿Qué tonterías dices, Evaristo?

Evaristo Usté déjeme a mí, que yo pongo siempre er

deo aonde duele. ¡Y es que tenemos un sino!

Moscoso ¿Quieres explicarte de una vez?

Evaristo Desde lo arto de una higuera he oído una conversasión que se traían don Lino Cimballos, er del lobanillo, con doña Encarnita, esa veterana que es amiga de esta gente. Ellos no se figuraban que yo los estaba escuchando; pero yo, aunque estaba en la higuera, no estaba en la higuera.

Moscoso ¿Y qué decían?

Evaristo Pues le decía la veterana a don Lino, que doña Paciencia se enamoró de usté hase veinte años, cuando vino usté a no sé qué boda, y está desde entonces pegando una de suspiros que tiene a las paredes desconchás.

Moscoso Vamos, no digas sandeces.

Evaristo Don Ricardo, que es el Evangelio. No se ha querido casá por eso, y por eso no le hase cara a don Lino, que lleva once años pretendiéndola. Bueno, había que oí a don Lino. ¿Rival mío un ostión? ¡Ah! Le provocaré y no pararé hasta verlo tendido a mis plantas y con una onza de plomo en el pecho. Mide las balas como el chocolate: por onzas. Si lo oye usté, se muere de risa.

Moscoso Pues no es cosa de risa, Evaristo.

Evaristo ¿Eh? ¿Pero es que le va a preocupá a usté ese pirmeo?

Moscoso ¿Qué me importa a mí don Lino? Pero ella... Ella, sí. ¿Quién iba a suponer que aquello que sólo fué un galanteo?... Porque yo solo le dije... ¡Pobre mujer! Pocos días vamos a estar aquí, Evaristo.

Evaristo Eso será lo mejor, porque lo otro... Lo otro es peor toavía.

Moscoso ¿Lo otro? ¿Pero hay más?

Evaristo Hay, que el novio de... la niña está que hase gárgaras con el éter y le pega mordiscos al firmamento. Como la señorita Rosario no disimula las cosas...

Moscoso *(Saltando en seco.)* ¿Eh? ¿Qué quieres decir, Evaristo?

Evaristo ¿Pero es que no ha notao usté, don Ricardo, que la... andovita está más colá que la ma?

Moscoso Vamos, hombre, no digas estupideces.

Evaristo Don Ricardo, abra usté los ojos, porque por primera vez en su vida está usté en inosente, y eso no le cuadra a un hombre como

usté. Además, hay que abrí los ojos pa ve cómo vienen las cosas, porque de aquí podemos salí con las manos en la cabesa y apretándonos los chichones.

Moscoso ¡Silencio!

Rosario *(Por la izquierda. Trae en una bandeja un vaso con un poco de agua y una cucharilla.)* Me parece que no he tardado mucho, ¿verdad?

Moscoso Mujer, te has molestado...

Rosario Tratándose de usted, las molestias se convierten en agrado. *(Evaristo silba bajito, haciéndose el distraído.)* Tome usted.

Moscoso *(Tomando el vaso y mirándola con deleite.)* (¡Es una criatura monísima!) *(Evaristo vuelve a silbar.)*

Rosario *(Indicándole que beba.)* Vamos: arriba. *(Bebe Moscoso.)* ¿Está amargo?

Moscoso Un poco.

Rosario ¡Uf! ¡Qué horror!

Teresa *(Por la derecha.)* Señorita: ahí está, preguntando por don Antonio, ese señorito del pelo largo tan planchao... El de las gafas redondas...

Rosario Monterón.

Teresa Ese.

Rosario Hágale pasar al despacho: allí está mi padre. *(Vase Teresa.)* Me quitaré de en medio, porque si hago yo la presentación y contesta él con algún término de los suyos, me voy a reir, y no quiero meter la pata. *(Se va por el foro.)*

Teresa *(Con CLOTARIO, por la derecha.)* Don Antonio está en el escritorio. Pase usted. *(Clotario Monterón es joven y viste de negro, gasta gafas redondas, de concha, tiene una gran cabellera muy negra y muy planchada, y gasta cuello y corbata a lo Andrés Segovia. Su aspecto es de una rigidez almidoniana.)*

Clotario *(A Moscoso, muy reverencioso.)* ¿Señor?...

Moscoso *(Idem.)* ¿Caballero?...

Clotario (Aún no estoy presentado y no debo...)

Teresa *(Indicándole la primera puerta de la derecha.)* Por aquí.

Clotario Me es vulgar la vía.

Teresa ¿Cómo dice?

Clotario Que conozco el camino. *(Nueva reverencia a Moscoso.)* ¿Caballero?

Moscoso *(Idem.)* ¿Señor?... *(Hace mutis Clotario por la puerta indicada.)*

Evaristo ¡Mi madre, qué tío!

Moscoso Sí que es un tipo raro.

Teresa De lo que no se sueña, señorito: Es un hombre que debe ser cursi hasta dormido.

Rosario *(Por el foro.)* ¿Pasó ya?

Teresa Sí, señorita. Dos veces me ha llamado fámula, que es una cosa que me molesta muchísimo.

Rosario *(Riendo.)* Anda, toma, llévate esas frutas al comedor y di que vamos a comer en seguida. Ya vienen ahí todos.

Teresa Sí, señorita. *(Toma la cesta de frutas y hace mutis por la izquierda, primer término.)*

Paciencia *(Por el foro, seguida de ENCARNITA, REGINA, PETRA, FRUTOS y CIMBALLOS.)* ¿Tomó Ricardo la medicina?

Rosario Gracias a ti, porque a todos se nos había olvidado.

Moscoso Muchísimas gracias, amiga mía: está usted en todo. *(A Encarnita.)* ¡Oh! ¿Qué tal?... *(Saludos.)*

D. Lino *(Aparte a Frutos.)* Yo te juro que esta tarde le hago saltar. Cuando me excito soy valiente como Rodrigo Díaz de Vivar y Suárez.

Frutos Cuidado, don Lino.

D. Lino ¡Histriones a mí! ¡¡Bueno!!

Moscoso ¿Cómo va, amigo Cimballos?

D. Lino *(Muy serio.)* ¡¡Bueno!! Muchas gracias.

Evaristo *(Aparte a Moscoso, por don Lino.)* Ya ve usté cómo viene.

Paciencia *(Por unas flores que traen.)* Evaristo, usted, que se da mucha maña, a ver cómo hace unos ramos graciosos.

Evaristo Vamos a ver. *(Toma las flores y se dispone a hacer los ramos, en la puerta del foro.)*

Encarnita Es preciso, Ricardo, que no se coloque usted en la iglesia tan cerca del presbiterio, porque le ha quitado usted la devoción a casi todos los fieles.

Paciencia Es muy cierto: más miraban a usted que al altar.

Moscoso ¿Es posible?

D. Lino *(Irónico y enrabiado.)* Esta gente es tan curiosa... Aquí a cualquier saltimbanqui le hacen corro en seguida.

Paciencia *(Extrañada.)* ¡Lino! *(Todos se miran, sorprendidos.)*

D. Lino (¡Soy Rodrigo!)

Moscoso Me explico que hagan corro a cualquier saltimbanqui, y sin embargo, no me explico la curiosidad que pueda despertar mi persona.

Encarnita ¡Hombre!...

Rosario ¡Qué modestia!

Moscoso No es modestia: es que yo creo que no hay nada tan fácil como ser cómico.

D. Lino ¡Quién lo duda! Todo el mundo sirve para ello. Ahora, que son pocos los que se enteran de que sirven, y de eso viven los profesionales. (¡Díaz de Vivar!)

Moscoso Estamos conformes, amigo don Lino.

D. Lino (¡Verás ahora!) Yo no he dado nunca importancia a eso que llaman arte de hacer comedias.

Evaristo (A este tío le voy yo a rebaná el lobanillo.)

Paciencia Don Lino está hoy de buen humor. *(A Moscoso.)* Quiere discutir con usted: las discusiones le entusiasman.

D. Lino Nada de eso: lo que digo lo digo sin otro propósito que el de exponer mi punto de vista. Para mí, las comedias... ¡pchst! pueden tener algún valor. Un valor muy relativo, desde luego; pero, vamos, pueden tener algún valor. En cambio, los actores...

Todos *(Extrañados.)* ¿Eh?

D. Lino *(A Moscoso.)* Y usted perdone la franqueza...

Moscoso ¡Oh! Le escucho encantado. Siga, siga...

D. Lino Pues... (Ahora lo mato.) Yo creo que el actor no es más que el «botones» que sale a escena y le dice al público el recado que le ha encargado el autor. (¡Chúpate esa!)

Paciencia *(Aterrada.)* ¡Jesus!

Encarnita *(Idem.)* ¡Dios mío!

Moscoso ¿De modo que usted cree?

D. Lino *(Cada vez más envalentonado.)* Sí, señor. ¡Botones! (Díaz de Vivar y Suárez.)

Rosario ¿Pero se ha vuelto loco?

D. Lino ¿Tú qué dices a eso, Frutos?

Frutos Que tiene usted razón.

Rosario ¡Frutos!

Evaristo (Vamos a tener pata.)

Moscoso *(Sin alterarse en lo más mínimo.)* Pues lo más triste del caso, amigos míos, es que esos botones se equivocan muchas veces al dar

el recado. En la vida, que no es más que una comedia; todos representamos nuestro papel a la perfección, sin equivocarnos nunca. El que es bueno, es bueno siempre; el que es bruto o ridículo, porque hay hombres brutos y hombres ridículos como ustedes... saben muy bien, siguen siéndolo toda la vida. *(Evaristo tose.)* Ni el avaro se hace generoso, ni el cobarde valiente, ni el tonto discreto. En la farsa humana todos sabemos sostener nuestros caracteres, mientras que sobre la escena no siempre los interpretamos bien. Yo mismo, con no ser de los peores—ya ven ustedes que no soy tan modesto como suponen—, me he equivocado muchas veces. Cuando era muy joven me daba por representar papeles de viejo, y ahora que tengo más años de los que quisiera, es cuando me ha entrado el furor de hacer galanes. De fijo que cuando me vean representar el *Tenorio* estarán pensando más de cuatro: «Vamos, quita, hombre: si tú ya vas estando para cargar con la dueña».

D. Lino *(Agresivo.)* Evidente; evidente.

Moscoso Créame usted, don Lino: a nuestra edad, el hacer el amor, en escena o fuera de ella, es sentar plaza de idiota.

Paciencia Evidentísimo.

D. Lino (Me has matado.)

Evaristo (Vuelve por otra, lobanillero.)

Encarnita Pues no estoy conforme con ustedes. Hay hombres de cierta edad que pueden competir en atractivos con el más garrido de los cadetes.

Rosario Al padrino le gusta hablar de sus años para que le digamos que parece un chiquillo.

Moscoso No lo pareceré tanto cuando la gente me supone cansado de vivir. Ya viste que nadie creyó en el accidente del tiro. Todo el mundo pensó que había tratado de suicidarme.

Paciencia Yo nunca lo creí.

Rosario Ni yo.

Paciencia Un hombre como usted sabe hacer frente a las contrariedades, por grandes que sean. Hubiera perdido mucho a nuestros ojos si le hubiéramos creído capaz de semejante flaqueza.

Rosario ¡Ya lo creo! ¡Matarse!... ¡Jesús, qué horror!

Antonio *(Por la derecha, primera puerta; con CLOTARIO.)* Venga usted. Aquí están todos, amigo Monterón. *(El nombre de Monterón suena como un tiro.)*

D. Lino (¿Eh? ¿Este títere aquí, estando yo?)

Clotario *(Reverencioso.)* A los que son mis amigos, mi salutación más efusiva; a los que no lo son, la más cumplida de mis reverencias. *(Alargando la mano a Rosario.)* Gentil y cimbreña, Charito.

Rosario ¡Ay! No me llame usted Charito, por Dios.

Clotario Habíalo olvidado. *(Idem à Paciencia.)* Simpática y claridosa Paciencia...

Paciencia Usted siempre tan galante...

Clotario Elegante Encarnita... *(Por Regina y Petra.)* Ya veo a los dos cromos tan acairelados...

D. Lino (¡Me da fiebre el oirle!)

Clotario Frutos, Dios te bendiga.

Frutos Igualmente.

Clotario *(A don Antonio.)* Preséntame al genio.

Antonio Ricardo, aquí tienes a Clotario Monterón.

Clotario ¡Señor Moscoso, mi admiración hacia usted es tan grande, que en este momento, aunque estoy de pie, mentalmente estoy de hinojos.

Moscoso ¡Por Dios! Levántese, que no es para tanto.

Evaristo (Es una charanga el gachó.)

Antonio *(A Moscoso, por Clotario.)* Desea pedirte un favor. Quiere leerte una cosa cortita.

Moscoso ¡Oh!... ¿Algún diálogo?

Clotario Es un cuadriloquio; o lo que es lo mismo, un coloquio entre cuatro.

Moscoso ¿Cómico?

Clotario No; detesto lo risueño y aun lo sonrisueño. Creo que el hombre no debe reir.

D. Lino Pues la risa es la que distingue al hombre del burro, porque los burros no se ríen.

Clotario Se ríen, y uno ha llegado a ser registrador de la propiedad.

Evaristo (¡Ahí va esa mosca!) *(Paciencia suelta el trapo y los demás ríen también disimuladamente.)*

D. Lino ¿Qué significa esto?...

Antonio *(Conciliando.)* Yo creo, amigos míos, que debemos pasar al comedor...

Paciencia Sí, que es ya tardísimo... Vamos.

Frutos Me van ustedes a dispensar, pero esta tarde no puedo acompañarles.

D. Lino Ni yo tampoco. *(Extrañeza general.)*

Antonio ¿Y eso?...

Frutos Es mi cumpleaños y prometí a mis padres comer con ellos...

Rosario Pero... *(Se acerca a Frutos y habla con él.)*

Antonio ¿Y usted, don Lino?...

D. Lino Pues yo... *(Sin saber qué decir.)* Yo...

Moscoso ¿Cumple usted años también?

D. Lino Yo he cumplido ya todos los que tenía que cumplir, caballero. Buenas tardes. *(Se va por la derecha.)*

Antonio Vaya usted con Dios.

Moscoso Buenas tardes.

Antonio Bueno; vamos nosotros.

Moscoso *(A Clotario.)* ¿Usted fuma cigarros grandes?

Clotario ¡Pchst! No desairo jamás a ninguno, por grande que sea.

Moscoso Voy para allá en seguida. *(Haciendo mutis por la escalera de la izquierda.)* (Pues como te fumes el que te voy a dar no me lees el cuadriloquio.)

Evaristo (Lo va a envenená pa que no le lea el *Cocolidio.*)

Antonio *(Ofreciendo el brazo a Encarnita.)* ¿Encarnita?

Encarnita ¡Oh! *(Haciendo mutis con don Antonio por la primera puerta de la izquierda.)* Niñas...

Regina Espera, que vamos a llevarnos las flores para adornar la mesa.

Petra Es verdad. *(Se acercan a Evaristo, con Clotario.)*

Evaristo Tomen ustedes *(Les da los ramos.)*

Regina Vamos.

Clotario Para transportar a ustedes galantemente hasta el comedor me gustaría no tener brazo izquierdo.

Petra ¿Y eso?...

Clotario Uno para dos... Me gustaría tener los dos brazos derechos.

Evaristo Pues estírelos usté. *(Regina y Petra sueltan la carcajada y se van riendo por la izquierda.)*

Clotario La chuscada ha carecido de donosura.

Evaristo Usté dispense, don Calvario.

Clotario *(Haciendo mutis por la izquierda.)* ¡Cuadrúpedo! *(Vase.)*

Paciencia *(A Frutos y Rosario, que junto a la puerta de la derecha discuten acaloradamente.)* ¿Pero puede saberse lo que sucede?

Frutos *(Muy airadamente y a media voz.)* Que la

dejo en libertad. Si tanto le gusta ese hombre, si tan enamorada está de él... allá ellos.

Paciencia *(Estupefacta.)* ¿Eh?

Rosario ¡Frutos!

Frutos No me detengas. ¿Para qué?... ¡Adiós! *(Se va por la derecha.)*

Rosario Tú lo has querido. *(Despectivamente.)* ¡Ah!...

Paciencia ¿Pero de qué hombre habla? *(Cayendo en la cuenta.)* ¿Eh? ¿Que tú estás enamorada de?... *(Se calla al ver a Moscoso que entra en escena, con un cigarro enorme en la mano.)*

Moscoso ¿Qué es eso? ¿Me aguardaban ustedes?

Rosario Sí.

Moscoso Pues vamos. *(Haciendo mutis por la izquierda con Rosario.)* Siento que Frutos no pueda acompañarnos...

Rosario ¡Bah! ¿Qué más da? *(Se van.)*

Paciencia *(Dejándose caer en una silla.)* ¡Enamorada de él!...

Evaristo *(Mirándola con lástima.)* ¡La víctima!

D. Lino *(Entrando en escena pausadamente.)* Debo dar a Paciencia una satisfacción. He estado muy grosero. Además, que eso de que está enamorada de Moscoso debe ser una patraña de Encarnita, que está dispuesta a pescarme. *(Al ver que Paciencia se limpia los ojos.)* ¿No lo dije? Llora por mí. ¡Oh! Esto me enardece... *(Se acerca a Paciencia y le dice, cogiéndola las manos.)* ¡Amor mío!

Paciencia *(Levantándose asustada.)* ¿Eh?

D. Lino ¡Vida mía!

Paciencia *(Dándole un bofetón.)* ¡¡Imbécil!! *(Se va por la izquierda.)*

D. Lino *(Asombrado.)* ¡¡¡Paciencia!!! ¡¡¡Paciencia!!!

Evaristo *(En tono tranquilizador.)* ¡Paciencia!

Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

La misma decoración del acto anterior.—Es de día.

(Al levantarse el telón baja EVARISTO la escalera de la izquierda, observa detenidamente, ve que no hay nadie en escena y dice a media voz, dirigiéndose al lateral indicado.)

Evaristo Están en la huerta: pueden ustedes entrar. *(Entran en escena MOSCOSO, MEDINA y REBOLLO. Este Rebollo es un actor joven y más cursi que una corbata blanca ribeteada de negro. El traje, el chaleco, el sombrero, cuanto lleva encima es de un atrevimiento insólito.)*

Rebollo Quedo perfectamente penetrado, querido compañero, y procuraré que mi modesto trabajo merezca su aprobación.

Moscoso Gracias, muchísimas gracias, amigo Rebollo.

Rebollo Hoy nos limitaremos a esas escenas, y mañana, la Pastor y cualquiera otra muchacha de la compañía harán lo convenido.

Moscoso Perfectamente. ¡Ah! Y no le importe a usted exagerar.

Rebollo No habrá peligro, ¿verdad? Lo digo porque si alguien toma en serio la farsa...

Moscoso ¡Por Dios!

Rebollo Es que ahora temo muchísimo a un golpe. Me han arreglado la boca recientemente, tengo muchos postizos, cualquier cosilla los desencaja, y como se desencajen, me quedo que no puedo hablar.

Moscoso Pierda todo cuidado

Medina A quien hay que aleccionar bien es a Zambrano. Y además, hay que suplicarle que se vista lo mejor posible.

Moscoso Qué, ¿sigue tan derrotado como siempre?

Medina ¡Uf! De ropa está incapaz.

Moscoso ¿Y se equivoca ahora menos?

Rebollo En eso de las equivocaciones es el amo. Cuidado que fuera de la escena no se equivoca jamás, pero en escena es un horror. El sábado, en Trujillo, haciendo una obra de un autor local, que se titula... ¿Cómo se titula?

Medina Alguien se quema.

Evaristo *(Mirándose.)* ¿Eh?

Moscoso *(Idem.)* Caramba.

Medina No, si aludo al título de la obra, que es ese.

Moscoso ¡Ah!

Rebollo Pues haciendo *Alguien se quema* se equivocó catorce veces.

Moscoso Pues procuren ustedes que se vista bien, porque un millonario no puede presentarse de cualquier manera.

Rebollo Descuide usted.

Evaristo Bueno; yo creo que debían ustedes marcharse, porque la familia está ahí en la huerta y si nos sorprende juntos...

Rebollo Tienes razón. Hasta luego, don Ricardo. Ahí en el café estaré yo con Zambrano, aguardando a que usted me avise.

Moscoso Perfectamente. Hasta luego. *(Se van Rebollo y Medina por la derecha, segundo término.)*

Evaristo No me fío yo de esta cuadrilla, don Ricardo. Son bastante malitos.

Moscoso No hay a mano otros mejores. Lo que tienen que hacer es bien sencillo.

Evaristo Sí, señó, pero es gente que lo confunde to. A Rebollo, que es la eminencia de la Compañía, lo he visto yo estudiando, y porque leyó en el papel la zona tórrida, va y me dice «qué disparate escriben estos copistas», y donde decía la zona tórrida, escribió «la zorra tímida».

Moscoso Vamos, no digas sandeces.

Evaristo ¿Y ha visto usté cómo venía vestido? Esa cursilería la ha heredao de su padre, aquel tenor tan infame que cantaba *Marina* y que en cuanto salía cantando «Costas las de Levante»... se levantaba la gente y se iba. En cambio, su madre era una buena actriz: Pepita Francés.

Moscoso ¿Pero éste es hijo de Pepita Francés?

Evaristo Sí, señó: sólo que él no se pone su segundo apellido en las tarjetas pa que no se le rían; pero él es Rebollo Francés. *(Rumor de voces dentro.)* ¿Eh?... *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Atiza! Don Colutorio, o como se llame el tío ese.

Moscoso ¿Es posible? Pero si ayer salió de aquí entre cuatro.

Evaristo Pues ahí lo tiene usté.

Clotario *(Por la segunda puerta de la derecha.)* ¿Hay venia?

Moscoso ¡Amigo Monterón!... ¿Qué tal?

Clotario Mejor, pero no bien, entrañable Moscoso.

Moscoso Pero hombre, ¿qué fué lo de ayer?

Clotario Yo mismo no me lo explico. ¿Fué el cognac? ¿Fué el cigarro?... Acaso fué el cigarro la causa de mi intoxicamiento, pero lo cierto es que llegué a casa insano, ¿qué digo insano?, cadaveroso. Una tarde nefanda, amigo mío. Y como no pude leerle el breve cuadriloquio, vengo hoy a tener ese honor.

Moscoso Pues ahora mismo, amigo mío. Subamos a mis habitaciones. Allí tengo licores, tabacos... Evaristo.

Evaristo Señor.

Moscoso Prepáralo todo para una lectura. *(Le guiña.)* Ya conoces mi costumbre.

Evaristo Sí, señó. *(Haciendo mutis por la escalera de la izquierda.)* (Hoy lo sacan de aquí en una camilla.) *(Vase.)*

Moscoso A mí, antes de una lectura me gusta beber y fumar y caldear un poco la atmósfera. Son reminiscencias de mis años de bohemia.

Clotario Asaz interesante.

Moscoso Creo que no me gustaría lo que me leyesen si no fuera en ese ambiente de camaradería...

Clotario ¡Oh! Entonces... Yo no tengo hoy el estómago ni la cabeza en condiciones, pero si es indispensable beber..

Moscoso De todo punto.

Clotario Pues no hay más que hablar.

Moscoso Usted ha estrenado ya varias obras, ¿no?

Clotario Sí, señor, pero sin fortuna. Una de ellas, titulada *Las balas*, fué una silba estrepitosa. Pero no me importó. Para la adversidad soy de un valor casi estoico. Mire usted, me estaban silbando *Las balas* y yo me sonreía.

Moscoso *(Cogiéndole familiarmente del brazo y dirigiéndose con él hacia la escalera de la izquierda.)* ¿Y eso que va usted a leerme es una obra del día?

Clotario Es una obra de siempre: de hoy, de ayer, de mañana...

Moscoso ¡Hola!

Clotario Sí, señor. Los personajes son universales, porque no son personas.

Moscoso ¡Caramba!

Clotario Son símbolos de bestias.

Moscoso ¡Oh!

Clotario Cada actor simboliza un animal. Es nuevo, ¿verdad?

Moscoso Ya lo creo.

Clotario El protagonista es un mulo endrino, selvático, que llora su hibridez...

Moscoso Y ha pensado usted en mí, ¿eh? ¡Caramba, hombre! *(Ya en la puerta.)* Pase usted: el genio delante.

Clotario Nunca. A genio me gana usted.

Moscoso *(Sonriendo y dándole un empujón que le obliga a entrar de cabeza.)* Pues por lo mismo. *(Haciendo mutis.)* No se ha caído todavía, pero ahora se caerá. *(Mutis.)*

(Por el foro entran en escena ROSARIO, PACIENCIA y DON ANTONIO.)

Antonio ¿Pero qué es esto, Rosario? ¿Es que te has vuelto loca?

Rosario Al contrario, papá: precisamente por estar en mi juicio he hecho lo que he hecho.

Antonio ¿Sin pensar en el escándalo que vas a dar?

Rosario No he pensado en otra cosa, que en escoger entre dos males el menor.

Antonio ¿Pero tú la oyes, hermana? ¿Te parece todavía que no tiene importancia el haber roto con Frutos?

Rosario Me parece que hubiera sido mucho peor que me casase con él sin quererle.

Antonio ¿Ahora te enteras de que no le quieres, después de un año de relaciones, cuando ibais a fijar el día de la boda?

Rosario Pues eso mismo debe probarte que cuando me he decidido a dar este paso habrá sido por una razón muy poderosa.

Antonio ¿Cuál es esa razón? *(Rosario no responde.)* ¡Contesta!

Rosario La tía lo sabe: ella te la dirá.

Antonio *(A Paciencia.)* Hermana...

Paciencia ¿No te lo figuras? Pues hijo, que se ha prendado de su padrino.

Antonio ¿Eh? ¡Por la Virgen Santísima!

Paciencia ¿Verdad que es un disparate?

Antonio Pero esta hija mía es mucho más tonta que lo que todos nos creíamos. ¡Mira que prendarse!...

Rosario No sé a qué viene esa extrañeza. ¿No es joven y guapo?

Antonio Eso de joven...

Rosario Joven, joven y joven. Todavía se pone el chambergo y se viste de romano... ¡Ea! ¿No se han pasado ustedes la vida, sobre todo la tía Paciencia, hablándome de él, presentándomelo como un ser superior, como un héroe de novela? Pues ahora al verle, y sobre todo al oirle decir que está cansado de no haber tenido en su vida más compañera que la gloria, y que echa de menos el no encontrar otra de cuya fidelidad pudiese estar más seguro, he pensado que esa compañera podía ser yo, y eso es todo.

Antonio ¡Estúpida! ¿Y porque tú hayas pensado ese disparate, va él a contagiarse de tu delirio?

Rosario Ya veremos.

Antonio ¿Eh?

Rosario Pronto hemos de saber si se ha contagiado o no, porque voy a preguntárselo a él mismo.

Paciencia ¡Rosario!

Antonio Pero ¿qué vas a preguntarle... desgraciada?

Rosario Si le gusto; si me quiere; si desea casarse conmigo.

Antonio *(Horrorizado.)* ¿Pero tú oyes esto, hermana?... No sé cómo no la estrangulo... Pero... pedazo de... burra, ¿vas a declararte a él?

Rosario Naturalmente. A otro hombre no me atrevería, pero a él sí. ¡Ya lo creo!... El está por encima de todo lo vulgar, y estoy segura de que no solo no pensará mal de mí, sino que, al contrario, me agradecerá que tenga el valor de hablarle francamente; que tenga el valor de decirle: «¡Padrino!... ¡Ah!... ¡Sí!... ¡Yo!... ¡Mírame! ¡Te quiero!...»

Antonio *(Cogiendo una silla para tirársela.)* Quítate de mi vista o...

Rosario ¡¡¡Ah!!! *(Desaparece cerrando la puerta.)*

Antonio ¿Pero has oído? Nada, que de tonta ha sal-

tado a loca, que es muchísimo peor. Hay que prevenir a Ricardo, porque esa es capaz de...: Vamos, ¿será imbécil? Sería muy sensible que creyera Ricardo que todo esto era obra nuestra...

Paciencia ¡Por Dios, Antonio!

Antonio Búscale, habla con él y adviértele lo que sucede. A mí me sería muy violento...

Paciencia Es que yo no puedo hablar con Ricardo de ese asunto, Antonio.

Antonio ¿Por qué?

Paciencia ¿No lo supones?

Antonio No. ¿Hay algo que lo impida?

Paciencia Es que no tendría la serenidad necesaria...

Antonio Pero... ¿por qué?

Paciencia Porque yo... *(Muy avergonzada.)* Compadéceme, Antonio. El mismo deseo que atormenta a tu hija desde hace unos días, me atormenta a mí desde hace veinte años.

Antonio ¡¡Jesús!! *(Da un golpe sobre la mesa. Paciencia, asustada, se va por la primera puerta de la izquierda. Dejándose caer en una silla y llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Válgame la Magdalena! ¿Pero qué hombre es ese, o qué mujeres son éstas? ¡Dios mío de mi vida!

Moscoso *(Por la escalera de la izquierda.)* (Este Evaristo es el mismo diablo. Acabará abusando de ese pobre tontaina.) *(Al ver a don Antonio.)* ¡Hola!

Antonio *(Mirándole estúpidamente.)* ¿Eh?

Moscoso ¿Qué te pasa? Me miras como si vieras la estatua del Comendador.

Antonio La del Comendador precisamente, no; pero la de don Juan, puede.

Moscoso ¡Caramba! ¿Qué me dices?

Antonio Pues lo que te digo es que... Vamos, que... Mira, siéntate y ten un poco de paciencia, porque no te creas que es fácil el dar con el comienzo de lo que yo tengo que decirte.

Moscoso *(Sentándose.)* Veamos, querido Antonio.

Antonio Bien sabe Dios que daría lo que me pidieran por no tener que hacerte esta enojosa confidencia; pero es indispensable.

Moscoso No te apures ni busques rodeos, Antonio: sé lo que vas a decirme: que tu hermana y tu hija han tenido el mal gusto de prendarse de mí.

Antonio ¿De modo que lo sabías?...

Moscoso Y no tienes idea de lo que me contristó el saberlo.

Antonio A mí lo de Paciencia no me preocupa gran cosa. Su edad y su talento le impedirán hacer ninguna diablura; pero lo de mi hija... Ya comprenderás la impresión que he tenido cuando me lo ha dicho.

Moscoso ¿Eh? ¿Pero ha sido ella misma la que te ha dicho?...

Antonio ¡Anda! Y la que va a decírtelo a ti también.

Moscoso ¿A mí? Pues hay que evitar eso a toda costa, querido Antonio. Sería para mí muy violento... Claro, que en el fondo me agrada el que una muchacha de sus prendas se haya enamorado de mí, y si no fuera tu hija... Figúrate; para mí no podría haber negocio más redondo... Pero si yo aceptara esto, no pensaría más que en mí: antepondría mi egoísmo a la felicidad de mi ahijada, y no es en esto en lo que pienso, sino en hacerla volver a la realidad.

Antonio ¿Crees posible?...

Moscoso Sí, hombre; en realidad ella no está enamorada de mí, te lo aseguro; está enamorada de una quimera, del concepto que se ha formado de su padrino, al que atribuye méritos y cualidades que acaso no están más que en su imaginación: concepto falso, exagerado al menos, como exagerado es también, en sentido contrario, el que tiene de su novio, que es un excelente muchacho y que es el marido que la conviene.

Antonio Tal vez tengas razón.

Moscoso Y lo mismo le sucede a tu hermana.

Antonio Sí, pero ¿qué remedio cabe?...

Moscoso Lo tengo pensado. Deja eso a mi cargo. Sullivan me ilumina. Es preciso que Rosario vea en su novio todas las buenas cualidades que supone en mí. Déjame hacer. Yo vine a Cáceres a descansar, pero está visto que la suerte no quiere que deje de representar farsas, en la escena o en la vida. Ya verás: tengo buenos auxiliares que me secunden. Dios quiera que el éxito corone mis trabajos.

Evaristo *(Bajando la escalera de la izquierda.)* Don Ricardo...

Moscoso ¿Qué?

Evaristo Desde la ventana he visto a don Lino y al señorito Frutos. Están detrás de la verja, donde yo les dije que esperasen.

Moscoso Hazles señas de que pueden pasar.

Evaristo Sí, señor. *(Medio mutis.)*

Moscoso Escucha, ¿y ese otro?

Evaristo ¿Don Calvario? Pa comérselo: una melopea tiene que no se puede lamé. Se está pelando. Ha cogío una tijeras y no hase más que desí: «Yo no seré Esquilo, pero yo me esquilo», y se pega ca trasquilón que se güerve loco. Vamos a tené toros y cañas. *(Vase por el foro.)*

Antonio ¿Vas a hablar con Frutos y con don Lino?...

Moscoso Sí, hombre; son dos de los actores que han de secundarme. Ya te explicaré: ahora no es ocasión. Busca a Rosarito y entretenla mientras hablo yo con su novio.

Antonio Ten cuidado con él: es bastante bruto. Y el otro, el don Lino... es un bichejo...

Moscoso ¡Bah! No te preocupes. *(Vase don Antonio por la derecha, primera puerta.)*

Evaristo *(Por el foro.)* Aquí viene ya.

Moscoso Escucha: la hermana de don Antonio anda por el comedor. Entra, y si se acerca por aquí me avisas.

Evaristo Don Ricardo, que a don Colirio no hay que dejarlo solo, porque está de una conformidad...

Moscoso Esto otro es lo que ahora interesa.

Evaristo Bueno, yo me lavo las manos.

Moscoso Como si quieres beberte el agua: me da lo mismo. *(Vase Evaristo por la puerta de la izquierda.)*

(A don LINO y a FRUTOS, que muy serios y muy estirados se detienen en la puerta del foro.) Pasen ustedes y perdónenme la libertad que me he tomado al llamarles. *(Entran los dos pausada y gravemente.)* Siéntense, si gustan.

D. Lino *(Rehusando.)* Gracias.

Frutos *(Idem.)* Muchas gracias.

Moscoso Me figuro que habrán recibido mi recado con mucha extrañeza.

D. Lino Con muchísima extrañeza. Frutos no quería venir. Había jurado no volver a pisar esta casa, y menos llamado por quien es el causante de todo. Pero yo le he convencido argu-

mentándole que debíamos venir a oir sus explicaciones. Porque me figuro que nos llamará usted para darnos explicaciones.

Frutos Y ya tarda en hacerlo.

Moscoso Estoy esperando que acaben ustedes para empezar yo.

Frutos Empiece cuando quiera.

D. Lino Le oiremos con la... admiración con que deben oir a un hombre tan eminente dos modestos provincianos. *(Con cierta chufla.)* ¿Eh?

Moscoso Agradezco el cumplido y recojo la pulla; pero antes de empezar desearía que me contestaran a una pregunta. ¿Quieren ustedes que les hable con circunloquios o con claridad?

Frutos Con claridad, con toda claridad.

D. Lino Sí; la preferimos. Aquí no gustamos gran cosa de las comedias.

Moscoso Es otra delicada alusión que también recojo, y en prueba de que estoy dispuesto a complacerles y a hablar claro, comienzo por decirles que en este momento me están ustedes pareciendo más tontos que una mata de habas.

Frutos ¡¡Don Ricardo!!...

D. Lino ¡¡Señor de Moscoso!!

Moscoso Perdón; olvidé que estaba hablando en plural. He querido decir que dos matas de habas.

Frutos ¿Pero qué significa?...

Moscoso Significa que vienen ustedes en plan de guerra, dispuestos, por lo que se ve, a tratarme como a enemigo, cuando yo les llamaba precisamente para demostrarles que tienen en mí el más fiel de los amigos y el más seguro de los aliados.

D. Lino No comprendo...

Moscoso Me explicaré. Yo, señores, he trastornado inconscientemente vuestros planes, y les llamo para decirles que no solo no quiero a Rosario ni a su señora tía, sino que estoy dispuesto a conseguir que reconquisten ustedes el afecto de la una y de la otra.

D. Lino ¿Eh?

Frutos ¿Usted?

Moscoso Yo, sí, señores, yo: pero hagan ustedes el favor de abandonar esa actitud solemne y ese tono trágico. Sentémonos y hablemos

como lo que somos, como buenos amigos. *(Se sientan.)*

Frutos ¿Pero usted sabe que Rosario confiesa que está enamorada de usted?

Moscoso ¡Bah! Está enamorada de una quimera; de lo que lo están todas las muchachas a los veinte años: de un ideal; de un cariño algo poético, algo soñador; es decir, de lo que no encontraba en usted...

Frutos ¿Eso?...

Moscoso Eso es verdad, amigo Frutos: usted la quiere mucho, pero sin poesía. Y eso está bien para luego, después del matrimonio, cuando hay que acoplarlo todo al prosaismo de la vida cotidiana; antes es un desatino, hombre de Dios. ¡Prescindir de las ilusiones, de los sueños!... ¿A quién se le ocurre? Créame, Frutos: los hombres prácticos, como usted, en los que el buen juicio se antepone a la imaginación, suelen ser unos excelentes maridos, pero son unos novios abominables.

Frutos Puede que tenga usted razón.

D. Lino La tiene, Frutos, la tiene. A mí me ha convencido.

Moscoso Pues no olvide usted tampoco mis palabras, amigo don Lino, porque para esos efectos, Paciencia no ha pasado aún de los veinte años.

D. Lino ¿Cree usted?

Moscoso Estoy seguro.

D. Lino Bueno, ¿y qué es lo que debemos hacer?

Moscoso Pues vamos a representar una farsa, de la que yo seré el protagonista. Creo que sabré interpretarla fielmente.

D. Lino ¡Por Dios, amigo mío!

Moscoso Me propongo que Rosario y Paciencia vean en ustedes todos cuantos atractivos suponen en mí, y que, por el contrario, hallen en mí todos los prosaismos que suponen en ustedes.

Frutos Eso está bien.

D. Lino ¿Cómo bien? Genial: admirable.

Moscoso Bien, pues basta de charla. Esto es una conspiración, y los conspiradores deben evitar que los encuentren juntos. Por eso les llamé. No quise ir a buscarles al Casino, como no quiero ahora que nos descubran aquí. Es preciso que nos reunamos esta noche cuan-

do la sombra proteja nuestro secreto; donde nadie lo sepa...

D. Lino ¿Le parece a usted lugar bastante reservado mi casa?

Moscoso Perfectamente. ¡El registro de la propiedad!

Frutos ¿Hora?

Moscoso Las doce.

D. Lino La hora del aquelarre.

Moscoso Le pediremos a las brujas la receta de algún bebedizo que encienda el alma de Paciencia en cariño hacia usted.

D. Lino ¡Ay, Moscoso!... ¡Si tal ocurriera!... Me tiene hechizado.

Moscoso Pues abra usted el pecho a la esperanza. No hay mal que en bien no se convierta y mude. Les prometo el corazón de tía y sobrina.

Frutos *(Mirándole fijamente.)* Dígame usted de nuevo que no quiere a Rosario.

Moscoso ¿Todavía con celos? No, hombre, no: no tiene motivos para tal cosa. Yo la quiero, como se quiere a la niña a quien se tuvo en brazos al nacer. Como se quiere a mi edad. Yo soy el padrino, el padrino solamente, y usted es la juventud, el cariño.... El cariño un poco vulgar, un poco frío, pero que va a recobrar su prestigio gracias a mí. Y basta, que pueden sorprendernos. Hasta la noche: hasta la hora del aquelarre. Confianza en mí... y en las brujas.

D. Lino Adiós.

Frutos Adiós. *(Se van por el foro.)*

Evaristo *(Por la izquierda.)* Qué, ¿van conformes?

Moscoso Sí, hombre, sí.

Evaristo Doña Paciencia sigue allí en er comedó liá con las cuentas. ¡Qué mujé, don Ricardo de mi arma! ¡Eso sí que es un avío! Con una mujé así se debe está como en la gloria. Todo a punto; todo en su sitio; todo como un ascua... Esa es la que nos convenía a nosotros. Si la pescáramos por nuestra cuenta...

Moscoso Déjame en paz, hombre.

Evaristo Al istante nos iba a robá lo que nos roba la cocinera de Madrid; que hay que ve lo que se cuela: sobre todo el día que pone pollo. Hay pollo que cuesta como si tuviera ya el grado de bachiller. ¿Pues y er pescao? Un sarmonete pa usté y dos sarmonetes grande pa mí, 18 pesetas. Que yo creo que se ponen

tan coloraos de la vergüenza que les da el abuso.

Moscoso ¡Y dale! No me des más la lata, hombre.

Evaristo Está muy bien.

Moscoso ¡Ah! Y no olvides lo que te tengo encargado. No quiero estar nunca solo con la señorita Rosario. En cuanto me veas con ella, procura que se nos una alguien.

Evaristo Lo contrario que me ha encargado usté siempre. ¡Cómo cambian los tiempos! *(Rumor de voces dentro.)*

Moscoso ¿Quién es?

Evaristo Doña Encarnita y sus dos pimpollos. También esa está por nosotros de una manera que da fatiga.

Moscoso ¡Calla! *(Por el corredor de la derecha entran en escena ENCARNITA, REGINA y PETRA.)*

Encarnita ¡Oh! Amigo Ricardo...

Moscoso ¡Señora mía!... *(Cambian un apretón de manos.)* Buenas tardes, niñas.

Regina Buenas tardes.

Petra Muy buenas tardes.

Encarnita ¿Y Rosarito?

Moscoso Creo que está con su padre en el despacho.

Encarnita Venimos a verla para que nos cuente novedades. ¡Por ahí se dicen unas cosas!... ¡Jesús! ¡Como la gente es tan imaginativa!...

Moscoso Ah; pues no sé...

Encarnita ¡Sí, sí!... ¡De sobra! El que no le conozca que le compre.

Moscoso Pueden comprarme por muy poco dinero, porque valgo muy poco.

Encarnita ¡Pobrecito!

Moscoso Y si la compradora es de mis simpatías, me doy baratísimo.

Encarnita ¿Sí? ¿Qué le parece a usted? En el portamonedas no traigo nada más que siete pesetas. ¿Es bastante?

Moscoso Le sobran a usted seis.

Encarnita ¡Jesús! ¡Ay, qué hombre!... Vamos, niñas... Hasta luego... ¡Pícaro! *(Se va, con las niñas, por la derecha, primera puerta.)*

Evaristo *(Chungón.)* ¡Don Ricardo!...

Moscoso No comentes.

Evaristo Tiene usté rasón. Voy a darle una vueltesita a don Calvario. ¿Qué habrá hecho? Porque con la melopea que ha cogido... ¡Le ha hecho usté mezclá de esa manera!... A ve si

me lee a mí el capitolio ese que ha escrito. *(Se va por la escalera de la izquierda.)*

Moscoso *(Sentándose.)* Ahora, como tiene visita, puedo estar tranquilo.

Rosario *(Por la derecha, primer término, hablando hacia el lateral.)* Vuelvo en seguida. Es que tengo que dar un recado al padrino.

Moscoso (¡Arrea!... No, pues a mí no se me declara.)

Rosario ¿Pero está usted aquí, padrino? ¿Y tan solo?...

Moscoso Me disponía a entrar...

Rosario No entre usted, que hay visitas.

Moscoso Mujer, y habiendo visitas dejas solo a tu padre...

Rosario Me cargan, y como me cargan, las dejo.

Moscoso Pero...

Rosario No insista usted: me cargan las visitas. Prefiero el que charlemos.

Moscoso Y yo. Casualmente deseaba echarte la vista encima para regañarte.

Rosario ¿Eh?

Moscoso ¿Te parece sensato lo que has hecho? ¡Reñir con Frutos! ¡Con un muchacho tan excelente! Estoy disgustadísimo de ti, lo mismo que tu padre.

Rosario ¿Pero es posible?

Moscoso Sí, sí; estoy muy enfadado.

Rosario ¡Bah! Ya se le pasará a usted el enfado cuando yo le diga el porqué he terminado con Frutos.

Moscoso ¿A mí? ¡Quia! A mí no me dices tú nada.

Rosario *(Suspirando.)* ¡Ay, padrino!

Moscoso Que a mí no me dices tú nada, niña. (¡Este Evaristo!...)

Rosario Es indispensable, padrino. Yo necesito que usted sepa...

Moscoso ¡¡A callar!!

Rosario ¿Eh?

Moscoso Te repito que estoy furioso contigo y que no volveremos a reanudar las amistades hasta que me anuncies que te has reconciliado con tu novio. Hemos terminado.

Rosario ¡Ay, padrino! ¡Si usted supiera lo que tengo que decirle!...

Moscoso (¡Y dale!...) *(Al ver a EVARISTO que entra en escena. Riñéndole.)* ¡Vamos, hombre! Una hora esperando... eso, y tú en Babilonia.

Evaristo Si es que yo no...

Moscoso ¡Date prisa!

Evaristo (¡Atiza!... Yo que bajaba pa que me ayudase a amarrá a don Locutorio, y ahora tengo que buscá a la tía...) *(Cambia una mirada de inteligencia con Moscoso y se vá por la puerta de la izquierda.)*

Moscoso Me tiene desesperado. Estoy ya harto de él, y el mejor día...

Rosario Una pregunta ahora que estamos solos, padrino.

Moscoso *(Cada vez más enfadado.)* Usa mi ropa, se fuma mis cigarros, me cree un camarada, y yo soy demócrata, pero no tanto, caramba, no tanto.

Rosario Padrino.

Moscoso ¡Pues no faltaba más!

Rosario ¡Padrino!...

Moscoso (¡Joroba!) ¿Qué quieres?

Rosario ¿Qué pensaria usted de una mujer que olvidando las prácticas corrientes del mundo se atreviera a decir a un hombre: «¡Yo te quiero!»

Moscoso Pensaría que estaba loca rematada.

Rosario *(Desconcertada.)* ¿De veras?

Moscoso Naturalmente. ¿No comprendes que eso sería una atrocidad? ¡Ahí es nada! Decir a un hombre «Yo te quiero»... ¡Por Dios!

Rosario Pero y si ella sospechara que aquel hombre la miraba con buenos ojos y no se insinuaba por... por algún motivo de delicadeza; por tener más años que ella, por ejemplo...

Moscoso ¡Qué horror, Rosarito, qué horror!... *(Muy patético.)* ¡La diferencia de edad cuando dos personas se quieren!... ¡Qué horror! ¡Infeliz de ella!... Es decir, no. ¡¡Infeliz de él!!... Porque en aquel caso mío, yo fuí el desgraciado. ¡Sí!... ¡Yo fuí el desgraciado! ¡¡Ah!!... *(Queda como abrumado por un triste recuerdo.)*

Rosario ¡Padrino!...

Moscoso *(En melodrama bien hecho.)* Rosario, hija mía. ¿Quieres saber el secreto de mi vida?

Rosario ¿No he de querer? Para mí cuanto es de usted lo considero como mío propio.

Moscoso Pues vas a saberlo. Es una cosa que no diría a nadie... ¡A nadie más que a ti!

Rosario Me da usted miedo y al mismo tiempo una inmensa alegría.

Moscoso Escucha...

Evaristo *(Con PACIENCIA, por la primera puerta de la izquierda.)* Don Ricardo, dise doña Pasiensia que tampoco ella ha visto la fosforera por ninguna parte...

Paciencia No: en el comedor no la dejó usted. *(Se sienta.)*

Moscoso ¿Pero no te dije que ya había parecido?

Evaristo ¡Anda! Y yo busca que te busca...

Rosario Tía: entre usted en seguida. Están ahí doña Encarnita y las niñas.

Paciencia Jesús, hija, se pasan aquí la vida.

Rosario Corra usted, que papá está solo con ellas.

Paciencia Ya iré, mujer, ya iré. *(Sin levantarse.)*

Rosario Es que... el padrino y yo estábamos hablando de un asunto reservado y de gran interés.

Paciencia ¡Ah! Entonces... *(Intenta irse.)*

Moscoso No; quédese, Paciencia: la confesión que iba a hacer a Rosario se la haré a usted también.

Evaristo Pues yo, voy a...

Moscoso ¿Por qué te vas, Evaristo? ¿Qué secreto habrá en mi vida que tú desconozcas? *(Poniéndole una mano en el hombro cariñosamente.)* ¡Mi fiel Evaristo!...

Evaristo *(Aparte a Moscoso.)* Es que don... Geranio... *(Moscoso le hace señas de que se quede.)* (¡Bueno!)

Moscoso En mi vida hay un secreto trágico. ¡Sí! Prescindiré de todo exordio para revelarlo ahora mismo. Yo he tenido una pasión avasalladora, terrible...

Paciencia ¿Por quién?

Moscoso Por una joven, poco más que una niña... de clase baja.

Rosario ¡Usted!...

Moscoso Murió... murió cuando iba a hacerla mi esposa... Por eso me he jurado no casarme jamás.

Paciencia Pero si ya ha muerto...

Moscoso ¿Usted sabe lo que es perder a una mujer adorada con la que se ha vivido?..

Rosario ¡Ah! ¿Vivió usted con ella?...

Evaristo (¡Atiza!)

Moscoso Sin que nadie lo supiese. Ella temía mucho a su padre... un magistrado...

Evaristo (¡Aprieta!... No da una.)

Paciencia ¿Un magistrado? ¿No decía usted que era de baja clase?...

Moscoso *(Sin saber qué decir.)* ¡Ay!...

Evaristo *(Al quite.)* De baja clase... moral.

Moscoso Sí, de baja clase moral, porque me engañó.

Rosario Pues si le engañó no me explico que le guarde tanta fidelidad.

Evaristo (¡Las mulillas!)

Moscoso Es que yo no supe el engaño sino después de su muerte, por unas cartas encontradas en un cajón de su secretaire.

Paciencia ¡Jesús!

Moscoso Un rayo cayendo a mis pies no me hubiera causado mayor espanto... ¿Te acuerdas, Evaristo?

Evaristo *(Queriendo también hacer dramas.)* ¡¡Ay, mi madre!! ¡Josú, Josú!

Moscoso Entonces fué cuando enloquecí, cuando creí morirme, cuando, ¡no; no quiero confesarlo! Temo a lo que pensarán ustedes de mí, si se lo cuento todo.

Paciencia Nosotras no podemos pensar mal de usted nunca.

Rosario ¡Nunca!

Moscoso ¿Ni aunque hubiese cometido el mayor de los pecados, el único que Dios no perdona?...

Rosario ¿Cuál?

Moscoso ¡El suicidio!

Paciencia ¿El suicidio?

Moscoso Sí, Rosarito; sí, amiga mía: los periódicos no mintieron; la verdad se traslució; el accidente del tiro... ¡Ay!

Rosario ¡Cómo! ¿Aquello fué?...

Moscoso ¡Fué un tributo pagado a la desesperación! Fué que yo no podía vivir sin aquella mujer, aun habiéndome sido traidora...

Paciencia ¡Dios mío!...

Rosario ¡Virgen Santa!...

Moscoso Ahora, aborrézcanme ustedes, desprécienme...

Paciencia ¿Despreciarle?

Rosario ¿Por qué, padrino?

Moscoso ¿No me han dicho mil veces que el suicidio les parece una cobardía, una deserción de la existencia, y que nunca me hubieran creído capaz de llegar a ese extremo?...

Rosario En este caso no, porque un amor así todo lo justifica. ¡Ay!

Paciencia Todo lo sublima. ¡Ay! *(Suspira igualmente.)*

Moscoso Pero entonces; entonces... ¿no he perdido a los ojos de ustedes con esta confesión?

Rosario A los míos ha ganado usted muchísimo. ¡Mucho! ¡¡Sí!!

Paciencia Y a los míos también.

Moscoso *(Desalentado.)* ¡Evaristo!... ¿Has oído? ¡Qué corazones!...

Evaristo *(Aparte a Moscoso.)* Nos ha salido el tirito por la parte ancha.

(Por la derecha entran en escena ENCARNITA, REGINA, PETRA y DON ANTONIO.)

Encarnita ¡Ah! Pero si están aquí todos... ¿Qué tal, Paciencia? *(Saludos.)*

Moscoso *(Aparte a Evaristo.)* Avisa a esos.

Evaristo Sí, señó. A ve si lo hacen mejó que usté, porque a usté no le he metío yo los tacones por respeto. *(Se va por el foro.)*

Regina Mamá, pregunta a don Ricardo lo de las funciones.

Encarnita ¡Ay! Es verdad. Amigo Moscoso.

Moscoso Señora.

Encarnita No sé si sabrá usted que vamos a tener teatro.

Moscoso ¡Hola!

Encarnita Sí, señor: la compañía Rebollo-Toledano debuta mañana. Van a echar tres obras y deseo saber si las pueden ver las niñas.

Moscoso ¿Recuerda usted los títulos?

Encarnita Espere usted, que he tomado un apunte, porque yo para los nombres soy fatal. *(Saca un papelito y lee.)* «Eléctrica de Galdós», «El campo de Armiñán de Benavente» y «Las cosas de la Troya», de Linares Arriba y Longín.

Moscoso (¡Pues si no llega a apuntarlo!)

Encarnita ¿Cree usted que podrán ir las niñas? ¿Que no aprenderán nada?...

Moscoso ¿Qué van a aprender las que tanto enseñan?

Encarnita *(Riendo y haciendo graciosos remilgos.)* ¡Ay, qué mordaz! ¡Qué mordaz! ¡Es mucho hombre!

Moscoso Nada, señora: lleve usted a las niñas a «Las cosas de la Troya» y al «Campo de Armiñán» y a la «Eléctrica».

Antonio ¿No estaríamos mejor en el jardín?

Paciencia No: creo que va a llover. Ha saltado el viento del Sur y se está nublando muchísimo.

Evaristo *(Por el foro.)* Don Ricardo.

Moscoso ¿Qué?

Evaristo Va usté a tené visita. Acaba de pasá por la verja ese amigo de usté que le disen don Luis Zambrano.

Moscoso ¿El de Madrid?

Evaristo Sí, señó: se lo digo a usté por si quiere usté quitarse de en medio...

Moscoso No sé qué decirte.

Teresa *(Por la derecha, segunda puerta.)* Don Ricardo... *(Presentándole una tarjeta.)* Este caballero...

Moscoso *(A Evaristo.)* Tenías razón. *(A Teresa.)* ¿Le ha dicho usted que estaba yo en casa?

Teresa Sí, señor.

Moscoso No hay más remedio: dígale que pase. *(Vase Teresa.)* Es un amigo de la niñez. Hemos vivido juntos durante muchos años. Pertenece a una ilustre familia y es un hombre riquísimo, pero tiene la manía de no dar importancia a las cosas. *(Saliendo al encuentro de ZAMBRANO, que entra en escena por el corredor de la derecha.)* ¡Querido Luis!...

Zambr. ¡Ricardo!... *(Se abrazan.)*

Evaristo (¡Josú, cómo viene!)

Moscoso *(Aparte.)* A ver cómo te portas.

Zambr. *(Idem.)* Me va usted a contratar.
(Este Zambrano es un hombre de edad indefinida; cree que viene elegante, pero debe presentarse vestido como para asesinarlo.)

Moscoso *(Presentando.)* Antonio Torralba... su hermana... su hija y ahijada mía...

Zambr. *(Que ha reverenciado a los demás, alarga la mano a Rosario muy efusivamente.)* ¡Oh! No me habías hablado nunca de esta ahijadita.

Moscoso *(Como antes.)* La viuda de Matas y sus hijas...

Zambr. *(Partiéndose la columna.)* Que son dos Matas... de claveles.

Todos ¡Oh!

Encarnita *(Muy complacida.)* Niñas, ¿qué se dice?

Petra Gracias.

Regina Muchas gracias

Zambr. *(Como antes.)* Las vuestras. (¡Qué ricas están!)

Evaristo (Las tobilleras y la gorronería son sus dos flacos.)

Antonio Siéntese, señor Zambruno.

Zambr. Zambrano.

Antonio Perdone.

Moscoso ¿Y cómo tú por aquí?

Zambr. *(Dándolas de rico.)* Pues chico, que me aburría en Madrid como una farola. Cogí el Mercedes grande, le dije a Pier, el chófer, Pier, a correr, y aquí me tienes. Antes de salir de Madrid me llegué a casa de tú... bueno, a casa de tu Paca, por si quería algo para ti, y me dijeron que tu Paca estaba en provincias. No lo creí, como podrás suponer, pero luego he visto que es cierto, toda vez que debuta aquí mañana. *(Gran extrañeza en todos.)* ¿Es que has permitido que vuelva a trabajar?

Moscoso *(Deseando variar de conversación.)* Tú has llegado hace poco, ¿no?

Zambr. Sí.

Moscoso Me figuro que habrás comido.

Zambr. Sí, comer, he comido: bastante mal, pero he comido. Lo que no he podido es tomar café y copa.

Antonio Paciencia...

Zambr. Sí, eso es lo que yo digo: paciencia.

Antonio No: si es que indico a mi hermana, que se llama así, que dé las órdenes oportunas...

Zambr. ¡Oh! ¡Por Dios!... Se va a molestar...

Paciencia Nada de molestias... *(Hace sonar un timbre.)*

Zambr. Pues te decía lo de Paca, porque como la gente inventa tantas cosas... Hace pocos días me encontré a Trini González, esa muchacha que bromeaba contigo el año pasado, y me aseguró que Paca y tú habíais reñido definitivamente. No lo creí tampoco, porque cuando hay hijos de por medio, no se riñe tan fácilmente...

Paciencia (¿Eh?)

Rosario (¡Dios mío!) *(Todos están asombrados.)*

Paciencia *(Saltando de nerviosa.)* He llamado al timbre y como si no.

Evaristo ¿Quiere usted que yo vaya?

Zambr. ¡Oh! Pero si está aquí Evaristo. No te había visto, hombre, ¿qué tal, cómo lo pasas?

Evaristo Muy bien, señor Zambrano, muchas gracias.

Teresa *(Entrando en escena, por la derecha.)* ¿Habían llamado los señores?

Paciencia *(Nerviosísima.)* Hace una hora. Que sirvan café y cognac a este caballero. *(Se va Teresa por la izquierda.)*

Zambr. ¡Lo que me tengo yo reído con este Evaristo!... ¿Tienes ahí un tabaco, Ricardo?

Moscoso Sí: toma. *(Le da un cigarro.)*

Zambr. ¿Y cerillas?

Antonio Tome usted. *(Le alarga una caja.)*

Zambr. Jamás llevo de estas minucias... *(Enciende y se guarda la caja.)*

Evaristo (Qué gorronsísimo es. Pero no lo está haciendo mal.)

Zambr. Evaristo, ¿te acuerdas de cuando debutaste en Madrid de novillero?

Encarnita ¿Pero Evaristo ha sido torero?

Zambr. Lo intentó.

Evaristo Eso es.

Zambr. En aquel entonces era actor en invierno y torero en verano.

Moscoso Y las dos cosas las hacía bastante mal.

Zambr. Su debut como novillero dejó memoria.

Evaristo El tres de Noviembre fué. La noche antes habíamos hecho el *Tenorio* en Barbieri, y a mí, que hacía de «Chuti», me dieron lo mío. Como yo estaba nerviosillo porque al día siguiente iba a toreá, pues no daba una. Pero lo de la plaza fué épico. Alá se llamaba el toro. Yo ya iba escamaíllo, porque a to el que le preguntaba yo: «escucha, tú, ¿cómo es Alá?», me respondía: «Alá es grande». ¡Y ya lo creo que era grande! Treinta y dos estocás le metí, y cada vez que yo pinchaba el toro hacía así con la boca y parecía que se reía. Y el público venga gritá: «¡Chuti, arrímate!». «¡Chuti, torea con la izquierda!». Por fin serré los ojos y le metí todo el estoque.

Antonio ¿En su sitio?

Evaristo Muy en su sitio no debía está, porque un guasón fué y me gritó: «¡Chuti... esa estocada postrera, se la has puesto en la cadera!» ¡Menudo joyín se armó!

Encarnita ¿Y murió el toro?

Evaristo Sí, señora.

Moscoso ¿Que murió, y se lo llevaron vivo al corral?

Evaristo Digo que murió hace poco. Ha estao quinse años vivo el animalito.

Antonio Se cortaría usted la coleta, ¿no?

Evaristo Me la afeité.

Zambr. A propósito de toreros: te felicito, querido Ricardo. Ya sé lo que has hecho con Pepita

Lucas, la Torerita; ¿no la dicen así? Y es una acción digna de loa.

Moscoso No sé a lo que aludes.

Zambr. Sí, hombre: esa que te pegó el tiro que por poco te mata.

Rosario *(Levantándose.)* ¿Eh?...

Paciencia *(Idem.)* ¿Pero?...

Rosario *(A Zambrano.)* ¿Fué una mujer la que?...

Zambr. La Torerita: una muchacha muy guapa, pero muy... exaltada. Y ya ve usted; él ha tenido la nobleza de ocultarlo, para librarla de responsabilidades.

Moscoso A mi ahijada le ha extrañado esa revelación, porque yo hace un instante le había dicho...

Zambr. *(A Rosario.)* No le haga usted caso a su padrino: es el hombre de los líos.

Moscoso ¡Querido Zambrano!

Zambr. Y un día te van a dar un disgusto serio: muy serio. Porque Rebollo, el hermano de tu... bueno, el hermano de Paca, ha jurado matarte.

Moscoso ¡Bah!

Evaristo Ya le he dicho yo que mientras Rebollo esté en Cáceres no debía de salir a la calle.

Paciencia ¿Pero está en Cáceres?...

Evaristo Sí, señora: si es el que debuta mañana; y no hay necesidad de buscarle tres «pieses» al gato. ¿Verdá, usté? *(Mirando hacia la derecha.)* ¡¡Madre mía de mi arma!!

Todos ¿Eh?

Evaristo Callarse, que ahí está.

Encarnita *(Levantándose.)* ¡Ay, Dios mío!

Antonio *(Perplejo.)* (¿Y esto será verdad o será una mojiganga?...)

Rebollo *(Entrando en escena y deteniéndose en el dintel de la puerta.)* Bu... enas tardes. *(Más que un tartamudeo es una gran acentuación en la primera sílaba de algunas palabras.)*

Evaristo (Josú: está nublao y tartajea.) *(Paciencia y Rosario acuden a Moscoso e intentan protegerle con sus cuerpos.)*

Rebollo Véééngo a hablar con usted, señor Moscoso. Víééene un hombre a hablar con otro hóóómbre. Sáááalga usté a la calle, si lo és.

Paciencia ¡¡No!!

Rosario ¡Padrino! ¡Ay!

Encarnita ¡Ay!...

Clotario *(En lo alto de la escalera.)* ¿Qué ocurre, voto a Cribas?
(CLOTARIO viene con el cuello y la corbata en la mano, el chaleco desabrochado y rojo como un tomate. Se ha despeinado y está como para matarlo.)

Antonio *(A Rebollo.)* Caballero, está usted en mi casa: hágame el favor de salir de ella.

Rebollo Saldré cuando salga ese míííserable.

Clotario *(Bajando la escalera.)* ¿Eh?...

Moscoso Es inútil que me provoque usted en este sitio.

Rebollo *(Muy en drama.)* La honra de mi hermana clama venganza, y vengo áááá por ella.

Evaristo (¡A por ella!... ¡Y es primer actor!)

Moscoso ¡Salga usted de aquí!

Rebollo ¡Cobarde! Las múúújeres te defienden, pero tendrás que batirte conmigo. Mira lo que hago, porque no mereces que te escupa directamente. *(Simula escupir en los guantes y le arroja los guantes a la cara.)*

Todos ¡Oh!

Moscoso *(Con rabia.)* ¡Ah!... ¡Le mataré!...

Rosario *(Sujetándole.)* ¡¡Padrino!!...

Clotario *(Dándole a Rebollo una bofetada que lo deja tonto.)* ¡Reciba el testimonio de mi ira!

Todos ¡Ay!...

Rebollo *(Moviendo la boca y sin poder hablar claro porque se le han desarticulado todos los molares, dientes y demás postinerías que lleva en la boca.)* A cua... guá, guiá buá... *(Saca una tarjeta y se la tira.)* Guá yá lá.

Clotario Primero tiene usted que cruzar sus armas con don Ricardo. Cuando él lo mate a usted, hablaremos.—*Telón.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

La misma decoración de los actos anteriores.

(Están en escena TERESA y ZAMBRANO.—Zambrano, repantigadísimo en el sillón más cómodo que haya en el escenario, silba una plebeya cancioncilla, en tanto que Teresa le acerca una mesita y le sirve el café. Zambrano vestirá con peor gusto aún que en el acto anterior.—El pantalón puede ser negro, la americana tórtola y el chaleco una birria; pero él cree que va como para «escaparatearle», y codea, hombrea, caderea, se balancea y con los guantes juguetea.)

Teresa *(Sirviendo el azúcar.)* ¿Tres o cuatro?

Zambr. Cinco, muchacha. La dulzura es mi flaco: todo lo dulce me embriaga.

Teresa ¿Quiere cognac el señor?

Zambr. Sí; también me embriaga. *(Teresa le llena la copa.)* Hazla rebosar hasta que el plato se anegue. Es una costumbre que he adquirido en el Nuevo Club. *(Teresa obedece.)* Ahora, acércame un tabaco de esos grandes. *(Teresa le presenta una caja de cigarros y Zambrano coloca tres sobre la mesita.)* Tú creerás que yo soy un gorrón, pero no hay tal. Es que no puedo habituarme al café de los cafés ni a los cigarros de las expendedurías. Estoy acostumbrado a vitolas muy especiales, y darme una vitola cualquiera es pegarme un tiro.

Teresa ¿Me manda algo el señor?

Zambr. Te mandaré desde Madrid un bolso de mano y alguna otra futesa. No me gusta dar pro-

pina de dinero á las mujeres: creo que es ofenderlas.

Teresa Muchas gracias, señorito.

Zambr. Vete con Dios. *(Vase Teresa por la primera puerta de la izquierda. Zambrano se guarda dos de los cigarros y enciende el tercero al mismo tiempo que entra EVARISTO por la escalera de la izquierda.)*

Evaristo (¡Señores, qué tío más gorrón!)

Zambr. Hola, Evaristillo.

Evaristo Se chupa, ¿eh?

Zambr. Hay que vivir.

Evaristo Camará; es usté más fresco que una morsa.

Zambr. ¿Qué dices, hombre?

Evaristo Le han dado a usté el pie y ya va usté marineando por el codo.

Zambr. ¿Qué quieres que haga? Cuando el Destino le entreabre a uno una puerta, hay que entrar.

Evaristo Pero es que usté entra, se sienta y pide.

Zambr. ¡Bah! Una taza de moka...

Evaristo Lo del moka es aquí, porque en casa de la viuda de Mata sé yo que pide usté de almorsar.

Zambr. ¡Qué mujer más encantadora! No sé si vendrá luego, porque anoche la dejé un poco acatarrada.

Evaristo Claro: como que usté es capaz de acatarrar a «Nepturno». Usté es de los que mascan el agua porque al ir a beber... se congela.

Zambr. Déjate de chanzas y hablemos de lo que interesa. ¿Tu amo, con arreglo al plan trazado, está ya bueno?

Evaristo Sí, señor: ya hoy ha salido de sus habitaciones.

Zambr. Pues la bonita comedia de su desafío con Rebollo no va a poder efectuarse, porque Rebollo piensa trasladarse a Madrid esta misma tarde.

Evaristo ¿Cómo sigue?

Zambr. Incapaz. Parece mentira que una simple bofetada haya producido tantos estragos. *(Sacando un periódico.)* ¡Ah! Ya viene en los periódicos de Madrid lo del heroico salvamento. ¿Lo has leído?

Evaristo No. ¿A ver?

Zambr. Toma. *(Le da el periódico.)* Esto ha sido un gran golpe, y me figuro que don Ricardo es-

tará plenamente satisfecho de su ocurrencia.

Evaristo Sí: él está contento, pero yo estoy una mijita escamao.

Zambr. ¿Eh? *(Rumor de voces dentro.)* ¿Y eso?

Evaristo ¡Cuidado! *(Acercándose a la puerta del foro.)* Son ellas. Hombre, qué casualidad. Ahí viene también la acatarrada.

Zambr. *(Perfilándose.)* ¿Qué me dices?

Evaristo ¿Y que se crea esa señora que es usté millonario y que tiene usté un «Mercedes»?... ¡Señores, qué gente más ilusa!...

Zambr. ¡Ah! ¿Pero es que no convenzo de millonario?

Evaristo ¿Qué va usté a convencé?

Zambr. ¡Lo que entenderás tú! *(Pronunciando el francés muy mal.)* Aquí hay «esprit» y «chic» y «cachet» y «sabuar fer», para que te enteres. Voy a salirles al encuentro. *(Se va por el foro, calándose el monóculo y dándose una importancia loca.)*

Evaristo *(Viéndole ir.)* Nada, que se ha creído que es Vandervil, y es más cursi que caerse de boca. *(A TERESA, que entra en escena por la izquierda.)* ¿Sabes dónde está don Ricardo?

Teresa *(Recogiendo el servicio que utilizó Zambrano.)* Ahí, en el escritorio, con don Antonio. Oiga usted, Evaristo.

Evaristo ¿Qué quieres, carnestolenda de mi vida?

Teresa ¿Es verdad que ahora que está bueno don Ricardo tiene que batirse con el cómico del otro día?

Evaristo Es verdá.

Teresa Pues no se le nota que esté nervioso.

Evaristo Como que no lo está. ¿Crees tú que mi amo es como don Cocodrilo, que hace tres días que ni come ni duerme?

Teresa ¡Ay; el pobrecito se está quedando en los huesos! Ayer me llamó pelambrona, cogetrapos y una palabra que quiere decir sin cabeza.

Evaristo ¡Ah! Sí: acófala.

Teresa No, señor; acélafa, digo, aléfala.

Evaristo Espera, mujer: afésala.

Teresa Eso es.

Evaristo *(Oyéndose.)* A lo mejón se l'involucra a uno un concerto y confunde uno el acebuche con el hasé buches, que no es lo mismo.

Teresa Es verdá. Bueno, voy a limpiar esto, porque

dentro de poco el señor Zambrano pedirá el té con la media tostada, los doce sanwichs, la mermelada, el pavo trufado, los cuatro churros y los chicharrones.

Evaristo Lo de cosas que pide ese hombre, ¿eh?

Teresa Ya lo creo. Se ve que es un gran señor. *(Mutis por la izquierda.)*

Evaristo ¿Un gran señor? ¿A que resulta que soy yo el equivocao?

(Por la puerta del foro entran en escena PACIENCIA, ROSARIO, ENCARNITA y ZAMBRANO.)

Paciencia ¿Pero quién tiene ese periódico?

Zambr. Lo he dado a Evaristo.

Paciencia ¿A ver? Deme usted, Evaristo.

Evaristo Aquí está. *(Le da el periódico y Paciencia y Rosario buscan en él.)*

Zambr. *(Aparte a Encarnita y muy confidencial.)* Has hecho muy mal en salir esta tarde, Encarnación.

Encarnita *(Coquetísima y almibaradísima.)* ¿Crees tú?

Zambr. Sí, y me disgustas Tu salud es demasiado preciosa para jugar con ella.

Encarnita *(Rendidísima.)* ¡Tontito!... ¿Te has acordado mucho de mí?

Zambr. Ni siquiera he escrito a mi administrador, pensando en tus hechizos y en la comida que me diste ayer.

Encarnita La de hoy será a tu gusto.

Paciencia *(Por el periódico.)* ¡Aquí está!... ¡Aquí está!

Encarnita *(Acercándose de dos saltitos coquetones y pizpiretos.)* ¿A ver? ¿A ver qué dice?

Rosario ¡Jesús! ¡Y vaya un epígrafe!... ¡El heroísmo de un joven! ¡La cruz de Beneficencia!

Encarnita ¿Pero van a darle una cruz?

Rosario Lea usted, tía, lea usted.

Paciencia *(Leyendo.)* «El arte dramático español ha estado a punto de sufrir una pérdida irreparable. El eminente actor don Ricardo Moscoso, que se encuentra en Cáceres, convaleciente de la grave enfermedad que le produjo el accidente que conocen nuestros lectores, acaba de ver de nuevo en riesgo su vida. Paseando por el campo junto a la presa de un molino, tuvo la desgracia de caerse al agua, donde hubiera muerto sin duda, pues ya había desaparecido bajo el hervidero de la espuma, sin el valor heroico de un joven que

paseaba casualmente por allí, que lanzándose al remolino, con verdadero desprecio de la existencia y después de una desesperada lucha, arrancó a la cascada el cuerpo ya exánime del gran comediante, devolviéndole a la vida y a la gloria. Los que acudieron a las voces de los primeros testigos de la escena, tributaron una clamorosa ovación al denodado joven, que se llama don Frutos María Martínez y que es un rico propietario extremeño. El Gobierno desea otorgar al señor Martínez la cruz de Beneficencia, para lo cual se instruye el oportuno expediente.»

Encarnita ¡Oh! ¡Admirable!

Paciencia Ya lo creo.

Rosario Nunca hubiera creído a Frutos capaz de heroicidad semejante, lo confieso.

Evaristo Pues es un héroe: lo que se dice un héroe.

Zambr. Anoche, en el Casino, le pasearon en triunfo.

Encarnita No se habla en Cáceres de otra cosa.

Zambr. Ni en España.

Evaristo Y lo que más me gusta a mí de don Frutos es que no le da importancia a lo que ha hecho. ¡Vaya un hombre valiente!...

Encarnita Usted presenció el hecho, ¿no?

Evaristo Sí, señora. ¡Qué horror! Le vi caer y... ¡qué espanto! Don Ricardo me decía: ¡Evaristo, la entrego!... ¡Adiós para siempre! ¡Te regalo mi botonadura, la buena!... Y yo, con lo que le quiero, no me atrevía a tirarme pa salvarle. En esto llega don Frutos y, ¡pim, pam, plaf!... *(Como si se quitara la americana y se tirara al agua.)* ¡Vaya un tío! Estuvieron más de diez minutos debajo del agua.

Rosario ¿Diez minutos?

Evaristo Don Ricardo gritaba con una voz que daba lástima: «¡Sáqueme usté de aquí, que me ahogo!».

Encarnita ¡Dios mío!

Paciencia ¿Pero gritaba debajo del agua?

Evaristo No, señora, cuando salía a la superficie, porque él salía de cuando en cuando para respirá.

Zambr. ¡Claro!

Evaristo Don Frutos entonces lo empujaba, hasta que por fin llegó a la orilla con don Ricardo a cuesta.

Paciencia Moscoso no sabría cómo expresarle su gratitud.

Evaristo Sí, señora: le dió la mano...

Rosario ¿Nada más?

Evaristo Es lo primero que tengo yo que censurarle a don Ricardo: no estuvo fusivo con don Frutos.

Zambr. Ricardo tiene ese inconveniente; ni sabe agradecer ni sabe corresponder. ¡La vida que le da al pobre Evaristo!

Ellas ¿Eh?

Rosario ¿Es posible?...

Evaristo Ustedes, como no lo ven más que en visita... ¡¡¡Es un tirano!!!

Paciencia ¿Pero?...

Evaristo Ojo, que viene.

(Por la primera puerta de la derecha entran en escena MOSCOSO y DON ANTONIO.— Moscoso simula venir de muy mal humor.)

Moscoso Hola, buenas tardes... Dios te guarde, Luis. *(A Evaristo, de muy mal talante.)* ¿Qué haces tú aquí, siempre metido donde no te llaman?

Evaristo Es que...

Moscoso Nada de réplicas. Te pasas el santo día molestando a todo el mundo. Gracias a que ya les queda a ustedes poco tiempo de aguantarle.

Paciencia ¿Insiste usted en su propósito de marcharse?

Moscoso En cuanto arregle ese enojoso asunto que aquí me retiene.

Rosario ¡Ay, padrino! ¿Pero es cierto que va usted a batirse?

Moscoso Sea como sea. He mandado decir a Rebollo que yo no puedo supeditar mi vida a los flemones de sus encías. Para esgrimir un arma no es inconveniente el tener los dientes más o menos largos. Si lo que tiene es miedo, que no hubiera insultado. Yo necesito marcharme de aquí y reanudar mis trabajos. Ya estoy repuesto del todo.

Antonio Si tan mal te va entre nosotros...

Moscoso Bien no creo que me haya ido, querido Antonio. Dígalo, si no, la presa del molino.

Clotario *(Por la derecha, último término.)* Muy buenas tardes.

Antonio ¡Amigo Monterón!...

Clotario *(A Moscoso.)* Veo, señor don Ricardo, que

su restablecimiento no es una fábula, y felicítome. ¿Está usted fuerte?

Moscoso Como nunca. Tranquilícese: ese hombre morirá a mis manos.

Clotario *(Respirando a sus anchas.)* Sí: así debe ser y así será, aunque yo me vea privado de cruzar mi hoja con su hoja. La ofensa que infirió a usted ensalivando la cabritilla y arrojándosela al rostro, debe tener un solo castigo: el sudario.

Paciencia ¡Jesús!

Moscoso El pobre tiene ahora miedo... ¡figúrese usted!

Clotario ¡Qué asco!

Encarnita A mí eso de los duelos me parece una monstruosidad.

Rosario Y un pecado gravísimo.

Clotario Charito...

Rosario ¡No me llame usted Charito!

Clotario Los hombres, gentil Rosario, no deben ser camorreros, pero tampoco deben ser cuitados. Cuando el santo honor lo exige, deben jugarse la existencia. Si don Ricardo no se batiera, caería en el más espantable de los ridículos. Debe batirse, y se batirá.

Moscoso Y jamás me batiré más tranquilo.

Clotario ¿Le oyen ustedes? Se batirá tranquilo.

Moscoso Porque si él me mata sé que usted me vengará.

Clotario *(En una pieza.)* ¿Eh?

Moscoso Sí, amigo mío: usted me vengará.

Clotario *(Un poco apurado.)* Bueno, pero usted tira muy bien, ¿no?

Moscoso ¡Ojalá!

Clotario ¿Eh? Entonces, ¿no es usted un genial del sable, como dicen?

Moscoso Sé defenderme de un sablazo, y nada más. El que es un genial del sable es Rebollo. Pero no importa: el valor puede más que la sabiduría. Hablemos de otra cosa.

Clotario *(Más muerto que vivo.)* (¡Caramba, pues!... ¡Porque si lo mata!...)

Zambr. Le encuentro un poco pálido.

Clotario Sí: un poquillo acromático estoy, pero es debido a la cloroanemia que padezco.

(Por la derecha, último término, entran en escena FRUTOS y DON LINO. Afectan una gran seriedad.)

Frutos Buenas tardes.

D. Lino Muy buenas tardes.

Zambr. ¡Oh! El héroe...

Evaristo *(A Frutos.)* Permítame usted que le bese la mano. *(Se la besa.)*

Frutos Basta ya, Evaristo; basta ya.

D. Lino Señor Moscoso: venimos de entrevistarnos con los amigos del señor Rebollo y necesitamos hablar urgentemente con usted.

Antonio Pasen ustedes al despacho...

Moscoso ¿Para qué? No es ningún secreto lo que van a comunicarme...

Frutos No es ningún secreto, pero es algo que usted no espera, don Ricardo.

Moscoso ¿Eh?

Frutos Hable usted, don Lino.

D. Lino El señor Rebollo y sus amigos nos aguardan en las bodegas de Pedro Olmedilla.

Moscoso *(Levantándose asustado.)* ¿Eh?

D. Lino La carta injuriosa de usted le ha exasperado de tal manera, que aunque está realmente febril y aflemonado, quiere terminar hoy mismo este asunto para batirse mañana con Monterón y poder ausentarse de Cáceres.

Clotario (¡Caramba!)

Moscoso *(Afectando gran preocupación.)* ¿Dice usted que hoy mismo?

D. Lino Y nosotros hemos accedido.

Moscoso ¿Y en qué condiciones?...

D. Lino Como usted nos indicó, le dimos a escoger entre el sable con punta y filo o la pistola a cinco pasos y avanzando.

Antonio ¡Jesús!

D. Lino Y ha elegido la pistola por creer que un encuentro en esas condiciones ofrece la absoluta garantía de un desenlace trágico, que es lo que él ambiciona.

Antonio Pero, señores, eso es una atrocidad.

Zambr. Eso no es un duelo, sino un asesinato.

Paciencia ¿Y van ustedes a consentirlo?

D. Lino ¿Qué remedio nos queda?

Paciencia ¡Ah! No: hay que dar parte a la Policía.

Rosario Sí: ahora mismo.

Clotario ¡¡Señoras!! ¿Antes del encuentro? ¡Jamás! Ya habrá ocasión, si es don Ricardo el que sucumbe.

Rosario Nada de eso: yo voy ahora mismo...

Moscoso No te precipites: no es necesaria la denuncia, porque no me bato.

Todos ¿Eh?...

Clotario ¡¡Don Ricardo!!...

Moscoso Rebollo está enfermo y no quiero abusar de mi superioridad sobre él.

Antonio ¡Admirable!

D. Lino Señor Moscoso, Rebollo está en condiciones de batirse y le aguarda en las susodichas bodegas, que esta vez harán de campo. El que usted no compareciera podría parecer una cobardía.

Moscoso Pues no me bato.

Frutos Piense a lo que se expone si no va.

Moscoso Me basta con pensar a lo que me expongo si voy.

Zambr. ¡Ricardo! ¿Qué es eso? ¿Tienes miedo?

Moscoso *(A don Lino.)* Yo no dije a ustedes que deseaba batirme a pistola, sino a sable.

D. Lino ¡Caballero!... Usted nos dijo...

Moscoso Huelga toda discusión. ¡No me bato!

D. Lino Pero...

Moscoso ¡Y todo por una miserable mujer!

Clotario *(Apuradísimo.)* ¡Don Ricardo, por lo que más anhele usted en el orbe, bátase! Piense usted que puede usted ser descalificado, y un hombre de la importancia de usted... ¡Sería horrible!

Evaristo Hay un medio de arreglarlo to.

D. Lino ¿Eh?

Evaristo Aquí don... Clatorio, se presenta ahora mismo en el terreno y dise que a él no le quita nadie la vez. ¡Ea!, y ya está. ¿Que mata a Rebollo? Pues don Ricardo no tiene que batirse y queda como los propios ángeles. Que Rebollo lo mata a él, pues se da parte a la Justicia, prenden a Rebollo y cuando llegue don Ricardo... la armósfera.

D. Lino Es una solución.

Clotario ¡¡No!!

D. Lino ¡¡Sí!! Usted ha pegado a Rebollo: usted ha aceptado el duelo que él le propuso...

Clotario Pero yo no me bato. Mi cuitamiento es comprensible. Tengo madre: y aunque soy el hijo cuartogénito, la mataría el dolor.

D. Lino *(En heroico.)* ¡¡Cobardes!!

Clotario ¿Eh?

D. Lino ¡Sí! Cobardes los dos. ¡Voto a Cribas!

Todos ¿Eh?

D. Lino No quiero este ridículo ni para Cáceres ni para mí. ¡¡Me batiré yo!!

Antonio ¡Don Lino!

D. Lino ¡Sí!... ¡¡Yo!!... ¡¡¡Yo!!!... ¡Lino Rodrigo Díaz de Vivar y Suárez!

Paciencia ¡¡Lino!!

D. Lino Perdóname, Paciencia, pero rindo al honor un culto que asombraría al propio Amadís. Señor Zambrano, amigo Torralba, les suplico que me acompañen...

Zambr. Por última vez, Ricardo.

Moscoso No me importa quedar en evidencia a los ojos de esas dos mujeres: no me bato.

D. Lino *(A don Antonio y a Zambrano.)* Señores, para matar a un hombre necesito de vuestro concurso.

Zambr. Vamos, pues.

Antonio A sus órdenes.

D. Lino *(Saludando como hubiese saludado don Suero de Quiñones.)* Buenas tardes. *(Mutis por la derecha, seguido de don Antonio y de Zambrano.)*

Clotario *(Haciendo mutis por el jardín.)* Juro que no he de quedar como un cobarde. Nada de armas ni de duelos, pero al que sobreviva le destrozaré a puñetazos. *(Se va.)*

Evaristo ¡Don Ricardo!...

Moscoso Acompáñame, Evaristo. Tú siempre me serás fiel.

Evaristo Hasta la muerte.

Moscoso *(A Paciencia y Rosario.)* Siento que me hayan ustedes visto tal y como soy; pero la vida es lo primero. *(A Evaristo, haciendo mutis por la puerta del foro.)* A ese don Lino le contrato yo mañana.

Paciencia *(Que habla con Encarnita.)* ¿Pero es posible, Encarna?

Encarnita Como lo oyes.

Rosario ¿Qué pasa, tía? ¿Otra tragedia?

Paciencia Que dice Encarnita que todo esto es una farsa.

Rosario ¿Es de veras?

Encarnita Zambrano, que es un perfecto caballero, no iba a decirme a mí una mentira. Todo esto no es más que una comedia. Moscoso se ha propuesto, como Sulliván, desacreditarse a vuestros ojos y hacer resaltar los méritos de Frutos y de Lino.

Rosario Bueno, pero los de don Lino, ¿por qué?

Encarnita Porque... *(Sin saber qué decir.)* ¡¡Qué sé yo, mujer!!

Rosario *(Sospechando.)* ¿Acaso?... ¡Ay, tía! ¿Pero tú también? ¿Cómo no lo he adivinado?

Paciencia ¿Acaso lo has adivinado en tantos años?

Rosario ¡Jesús! ¿Y te he hecho sufrir?... Porque te advierto que yo no... A mí no... Además, que en vista de lo que sucede...

Paciencia Porque tú nunca le has querido de veras, Rosarito; lo tuyo fué un capricho, una tontería. En cambio yo... Ahora mismo, cuanto más hace por empequeñecerse, más se agranda a mis ojos.

Rosario La conducta de don Lino y de Frutos es de un ridículo que da pena. *(Con sorda rabia.)* ¡Bueno, ahora es cuando Frutos ha muerto para mí! ¡Fantoche! ¡Más que fantoche! ¡Y pensar que yo misma he mandado al *Blanco y Negro* el último retrato que se hizo!

Paciencia ¿Pero has mandado?... ¿Ves, Rosario; ves? Ese detalle indica que le quieres.

Encarnita Yo comprendo, Rosarito, que te subleve lo que hay de engañoso en la conducta de Frutos, pero a veces las ficciones son necesarias. Ya ves el caso de Luis...

Rosario ¿Qué Luis?

Encarnita Zambrano.

Rosario ¡Ah!

Encarnita Luis, que es un perfecto caballero y que abomina de todo lo que sea comedia, ha tomado parte, sin embargo, en esta farsa por complacer a su amigo Ricardo. No creo que por eso deba desmerecer a mis ojos.

Paciencia ¡Ah! ¿Pero Zambrano y tú?...

Encarnita *(Un poco ruborizada.)* Sí, Paciencia, sí... Lo he flechado. Es un pasional. ¡Oh! ¡Me ha pintado su cariño de un modo!... ¡Qué hombre tan seductor! Con mis hijas tiene ternuras de padre. ¡Es de una delicadeza!... Además, entiende de todo, especialmente de relojes antiguos. Ayer se ha llevado el cronómetro grande y las seis sabonetas de mi difunto Blas para que me las compongan en Londres. ¡Qué exquisito! Le han divertido mucho los lances de estos días.

Paciencia ¡Silencio!... ¡Frutos!... *(En efecto, FRUTOS*

entra en escena por la derecha, último término, y se detiene algo cortado.)

Rosario ¡Ah! ¿Eres tú? Hijo, como no oí la música, que suele preceder a los héroes...

Frutos Justamente vengo a hablar contigo de eso; de mi heroísmo. Y como es un secreto lo que voy a revelarte, deseo revelártelo a solas.

Paciencia Si quieren ustedes hablar aquí mismo... Encarna y yo vamos al comedor a tomar una taza de té. Allí os aguardamos.

Encarnita Hasta luego.

(Se van los dos por la izquierda, primera puerta.)

Rosario Bueno, pues... tú dirás.

Frutos Mira, Rosario: yo soy demasiado serio para andar con supercherías y con tontunas.

Rosario ¿Qué quieres darme a entender?

Frutos Que alguien, aprovechándose de mi ofuscación, me ha aconsejado mal, y yo, sin saber lo que hacía, me he prestado a algo que ahora me repugna, y vengo a confesártelo, no para obtener tu perdón ni para que reanudemos nuestras relaciones: eso se acabó para siempre.

Rosario Sí, señor: para siempre.

Frutos Conforme; pero es que yo necesito sincerarme de muchas cosas y quedar ante tus ojos como lo que he sido siempre, como un hombre, y no como un muñeco ridículo, que es lo que soy ahora.

Rosario ¿Eh?

Frutos Mira, Rosario; yo voy a ausentarme de Cáceres para no volver más, pero antes quiero que sepas por mí mismo lo que podrías saber por otro.

Rosario No sé a qué te refieres, ni me importa.

Frutos Escúchame. Ni yo he salvado la vida a don Ricardo, ni éste se ha caído a la presa del molino, ni si se hubiera caído hubiera yo intentado salvarle, porque al que se cae a la presa no lo salva nadie. ¿Te enteras? Don Ricardo no tiene duelos pendientes, ni amantes, ni hijos. Todo esto no es más que una superchería indigna para desilusionarte, y a la que yo me he prestado como un imbécil.

Rosario Lo sabía.

Frutos ¿Eh?

Rosario Sí, hijo, que lo sabía.

Frutos De modo que cuando a mí hace un rato me llamaban héroe...

Rosario Estabas haciendo el indio. (Anda, fastídiate.)

Frutos Bien; pues como siento repugnancia de mí mismo y no quiero—óyelo bien—, no quiero reconquistar tu afecto con méritos que no he contraído, vengo a decirte: yo no soy héroe ni quiero serlo, y si antes te he querido, ahora te detesto, porque por tu causa me he convertido en un ser grotesco e indigno de la estimación de la gente. ¡Ea! Ya estoy tranquilo. Quédate con Dios. *(Inicia el mutis.)*

Rosario ¡Frutos! (¡Ay! ¡Dios mío!)

Frutos *(Deteniéndose.)* ¿Qué quieres?

Rosario Que... *(No sabe qué decir.)*

Frutos Habla.

Rosario ¿Pero es de verdad que te vas a ir de Cáceres?

Frutos Sí: adonde no me conozcan; adonde nadie hable de mi ridículo heroísmo.

Rosario *(Apurada.)* Es que eso va a ser un poco difícil...

Frutos ¿Por qué?

Rosario *(Apuradísima.)* Porque mañana conocerán en toda España al heroico salvador de Moscoso.

Frutos ¿Eh? ¿Qué dices?

Rosario Perdóname, por Dios, pero es que... yo... he mandado al *Blanco y Negro* tu retrato...

Frutos ¡¡Rosario!!

Rosario ¡No te enfades!

Frutos ¿Pero por qué has hecho eso? ¡Di! ¡Responde!

Rosario Porque... *(Seriamente resuelta.)* Ahora que sé que no hemos de volver a vernos, puedo decírtelo sin sonrojo: porque yo te he querido siempre, Frutos. ¡Siempre! Ahora, vete.

Frutos Sí. *(Medio mutis.)*

Rosario No quiero decir ahora vete de aquí, sino que ahora puedes irte de Cáceres.

Frutos Perfectamente. *(Medio mutis.)*

Rosario ¿No... no te despides de la tía?

Frutos *(Dudándolo.)* Sí: así no tendré que volver. *(Rosario le suspira, Frutos la mira, se contiene y se acerca a la primera puerta de la*

izquierda, diciendo preocupadísimo.) (Estoy perdido. Como ella se empeñe me quedo en Cáceres y hasta acepto la cruz de Beneficencia.)

Rosario Anda, entra.

Frutos Sí; pero en cuanto me despida de tu tía, me voy.

Rosario Bueno.

Frutos Me voy de Cáceres. *(Vase.)*

Rosario *(Haciendo mutis tras él, arreglándose los rizos coquetonamente.)* (¡Como que te vas tú a marchar no queriendo yo!... ¡Estás fresco!) *(Mutis.)*

Evaristo *(Por la puerta del foro asoma la cabeza y dice a alguien que se supone dentro.)* El campo es nuestro.

(Entran en escena, tras de Evaristo, MOSCOSO, MEDINA y REBOLLO. Este último trae la cara vendada y la boca entreabierta.)

Medina La idea de Rebollo es marcharse esta misma tarde a Madrid para que le arreglen el muelamen. Nosotros, entretanto, nos trasladaremos a Salamanca y allí le aguardaremos. *(A Rebollo.)* ¿Verdad?

Rebollo *(Que no puede hablar.)* Agálá, calá, da la...

Moscoso No se esfuerce en hablar, amigo Rebollo. *(A Medina.)* ¿Qué cantidad necesitan ustedes?...

Medina Incluyendo los viajes de la compañía, etcétera, etcétera, unas dos mil seiscientas pesetas.

Moscoso Perfectamente. Ahora irá con usted Evaristo a cobrar este cheque. *(A Rebollo.)* Usted puede esperarles aquí. Es decir, aquí, no; en mi cuarto. No conviene que nos vean juntos. Acompáñale, Evaristo. *(Se sienta a extender el cheque.)*

Evaristo Venga usted.

Rebollo A lá, ba lá... ga lá...

Evaristo Sí que lo ha dejao a usté haciendo gárgaras con la bofetaíta. *(Se van por la izquierda, segundo término.)*

Moscoso *(A Medina.)* Tome. *(Le da el cheque.)*

Medina El pobre está pasando las negras. Y ahora ha visto él la falta que hace el tener buena ortografía. Porque cada vez que da un recao por escrito mete la pata. Figúrese usted que es de los que escriben Aragón con hache y con jota.

Moscoso Hombre, lo de la jota no está mal.

Evaristo *(Entrando en escena.)* Ea, vámonos. *(A Moscoso.)* Le he dicho a Rebollo que se distraiga leyendo el «cuadricólico» de don Colidrio. *(A Medina.)* Vente por aquí. *(Se van por el foro.)*

Moscoso *(Sentándose, muy satisfecho.)* Bien, señor, bien: estoy satisfecho.

Antonio *(Por la derecha, segundo término.)* Ricardo...

Moscoso Hola, ¿hay algo nuevo?

Antonio Que ha estado a punto de ocurrir una catástrofe.

Moscoso ¿Eh?

Antonio ¡Ese estúpido de Monterón! Figúrate que salíamos de la bodega de Olmedilla, donde habíamos estado tomando unas copas, y vimos que en la esquina estaba Monterón dando muestras de un gran nerviosismo. Afectamos cierta seriedad para que creyera que, en efecto, salíamos de un duelo, se nos acercó, nos preguntó por Rebollo, y al decirle don Lino solemnemente «le he matado», cayó sobre él y comenzó a golpearle de tal modo que no sé cómo no le ha desinflado el lobanillo.

Moscoso ¡Pobre don Lino!

Antonio En la farmacia de ahí al lado le están curando.

Moscoso ¿Y qué fué de Clotario?

Antonio Zambrano se lo llevó a vivas fuerzas.

Moscoso ¡Bah! No hay que preocuparse: lo principal es que vamos a conseguir lo que nos proponíamos, porque habrás notado que tu hija está en vías de curación. No lo dudes.

Antonio ¡Qué bueno eres!

Moscoso ¡Bah!

Antonio ¿Te vas mañana por fin?

Moscoso Sí. ¿Qué me queda ya que hacer aquí?

Antonio Lo siento con toda el alma. *(A TERESA, que entra en escena por la izquierda, primera puerta.)* Teresa.

Teresa Señor.

Antonio ¿Dónde están las señoritas?

Teresa En el comedor con doña Encarnita y el señorito Frutos.

Antonio *(Asombrado.)* ¿Eh? ¿Está ahí Frutos?...

Teresa Sí, señor, y parece que...

Antonio ¿Qué?

Teresa Que se han vuelto a arreglar. Por lo menos están en la otomana, charla que te charla y riéndose mucho.

Antonio ¡Jesús, Jesús!

Teresa ¿Manda algo el señorito?

Antonio No; nada; muchas gracias. *(Teresa hace mutis por la derecha, segundo término.)* ¡¡Ricardo!!

Moscoso ¿No te lo dije? Ven: vamos a recrearnos en mi obra. *(Se van por la izquierda, primera puerta.)*

(Por la puerta del foro entran CLOTÁRIO y ZAMBRANO. Clotario viene muy nervioso: no puede estarse quieto.)

Zambr. Califico de imprudente su visita a esta casa en este momento, señor Monterón.

Clotario Tal calificativo no me constriñe ni me coarta, señor Zambrano. Debo venir, y vengo. *(Zamarrea una silla y la tira.)*

Zambr. Vamos, cálmese.

Clotario No puedo. Aquí he quedado yo como un cobardoso, y aquí tengo yo, que decir ahora mismo que no soy ningún mandelandinga, porque acabo de patear briosa y abernardadamente a don Lino Cimballos.

Zambr. Sí, pero...

Clotario Es preciso que todos acaten ese hecho. *(Temblorosamente coge algo de una mesa y lo tira sin querer.)*

Zambr. Vamos, vamos...

Clotario Lo que lamento es no haber podido patear también al difunto Rebollo.

Zambr. ¡Paz a los muertos!

Clotario No; mis odios son post-túmbicos; ni aun la Parca los amortigua.

Zambr. Pues yo creo que debía usted ocultarse; don Lino habrá ido a su casa por un revólver y andará buscándole a usted para saciar su sed de venganza.

Clotario *(Algo temeroso.)* ¿Usted cree?

Zambr. Estoy seguro.

Clotario ¿Y... tira bien?

Zambr. Es un virtuoso de la puntería. Antes de batirse nos dijo, con una tranquilidad que nos heló la sangre: «No quiero herirle en la cabeza ni en el corazón; le romperé la aorta», y le rompió la aorta. Luego hemos sabido

que para ejercitarse coge los libros del Registro, los cierra y los abre de un balazo por la página que se le indica.

Clotario ¡Caramba!

Zambr. Y que en cierta ocasión que no tenía papel rayado, tomó un pliego, lo colocó de canto y lo rayó a balazos.

Clotario *(Miedoso y nerviosísimo.)* Entonces... Sí: tiene usted razón. Debo ocultarme.

Zambr. Debe usted ocultarse y calmarse. Tal vez reposando un poco... (Yo a éste lo encierro.) Venga usted, amigo Clotario: en el cuarto de Moscoso hay una cómoda chaise-longue, se echa usted un rato...

Clotario Sí; eso me calmará. Vamos. *(Hacen mutis por la izquierda, último término.)*

(Por la primera puerta de la izquierda entran en escena PACIENCIA, ROSARIO, ENCARNITA, MOSCOSO, DON ANTONIO y FRUTOS.)

Paciencia *(A Rosario.)* ¡Disimula, por Dios!

Rosario Es que me da risa del papelito que están haciendo, tanto papá como el padrino.

Paciencia ¡Calla!...

Encarnita *(Aparte a Rosario.)* Prudencia, Rosario.

Paciencia *(Afectando tristeza.)* ¡Pobre Rebollo!...

Antonio ¡La vida! *(Rosario no sabe qué hacer para no reirse.)*

Paciencia *(A don Antonio.)* ¿Y dices que vas a influir para que no sobrevenga a Lino ningún perjuicio?...

Antonio para que no sobrevenga a Lino ningún persidente de la Audiencia...

Rosario *(Que está de espaldas, conteniendo la risa, se lleva el pañuelo a la cara y hace un gesto y un ruido que lo mismo puede ser un sollozo que una carcajada contenida.)* ¡Puag!...

Paciencia *(Acudiendo a ella.)* ¡Rosario!...

Encarnita *(Idem.)* ¡Mujer!...

Frutos *(Idem.)* Vamos, cálmate... *(La ocultan entre todos.)*

Antonio *(Tristemente.)* Dejadla que llore. Es una chiquilla tan impresionable... *(Rosario repite el ruido de antes.)*

Paciencia *(Apuradísima.)* ¡Por lo que más quieras en el mundo, Rosario!

Zambr. *(Entrando en escena.)* ¡Ah! ¿Estás aquí?...

Moscoso ¿Eh? ¿De dónde sales?

Zambr. Te buscaba para darte cuenta de...

Moscoso Sí; ya Antonio me ha dicho... ¡Muerto!

Zambr. ¡Muerto! Ese don Lino es un hombre de corazón. *(Aparte a Moscoso.)* En tu cuarto está...

Moscoso *(Rápidamente.)* Sí, ya sé...

Zambr. ¡Pobre Rebollo!... *(Se oye dentro un gran ruido.)*

Todos ¿Eh?

Zambr. ¡Atiza!

Paciencia ¿Qué ha sido eso?...

Moscoso Evaristo que está arreglando el equipaje y habrá dejado caer algún bulto.

Paciencia ¿Se marcha usted por fin?

Moscoso Mañana mismo.

Encarnita *(Que habla con Zambrano.)* ¿Tú piensas marcharte también?

Zambr. No: me han dicho que sale a pública subasta una gran finca y acaricio la idea de afincar en Cáceres.

Encarnita Ya sé que finca es: la cortijada de la de Meléndez. ¡Oh! Es dehesa de un millón de pesetas.

Zambr. ¡Ah! ¿Pero es de esa? La compraré: un millón no es nada. De sobremesa hablaremos, tontita.

Encarnita ¡Bobín!

(Nuevo ruido dentro.)

Paciencia ¡¡Dios santo!!...

Moscoso ¡Pero ese Evaristo!...

Evaristo *(Con MEDINA, por la derecha.)* ¿Llamaba usted?

Paciencia ¡Ay!... Sí, Evaristo... ¿Quién hay entonces arriba?

Zambr. No se asusten. Es que Clotario Monterón se presentó aquí un poco descompuesto, y yo, para que se calmase, le he encerrado en el cuarto de Ricardo.

Evaristo ¡¡Con Rebollo!!...

Todos ¿Eh?

Paciencia ¿Pero Rebollo está arriba?

Evaristo Sí, señora. *(A Medina.)* Corre y ábreles, que se estarán matando.

Medina ¡Jesús! *(Mutis por la escalera.)*

Antonio ¡Válgame Dios! *(Idem.)*

Rosario De manera que eso de la muerte de Rebollo...

Moscoso *(A Evaristo.)* ¿Qué has hecho, hombre?...

Encarnita No se preocupe, Moscoso: estábamos todos en el secreto.

Moscoso ¿Eh?...

Encarnita Le han seguido la corriente, porque Paciencia deseaba que se marchara usted de aquí con la ilusión de que nos había engañado a todos.

Paciencia Es verdad: yo quería que se fuese usted tranquilo, contento, sin pensar que su paso dejaba aquí ningún dolor. Y así es, en efecto. *(Por Rosario y Frutos.)* Vea usted: no deja usted ni dolores ni amarguras.

Evaristo ¡¡Uy, qué mujer!!...

Paciencia Sí, para que usted, a quien lo debemos todo, se marche tranquilo, es necesario que yo me case con don Lino...

Moscoso *(Conmovido.)* No, amiga mía. ¿Para qué ese sacrificio? *(Hablan aparte.)*

(Por la escalera de la izquierda entran en escena DON ANTONIO y ZAMBRANO.)

Evaristo ¿Qué ha pasao ahí arriba?

Antonio Algo milagroso.

Moscoso ¿Eh?

Zambr. Nada, hombre; que Clotario le ha dado a Rebollo dos puñetazos, con tan buena suerte que le ha arreglado la boca. Habla ya perfectamente. Ahí quedan tan amigos, tratando del estreno de no sé qué cuadriloquio.

Rosario *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Ahí viene don Lino!

Frutos ¡Y cómo viene!...

D. Lino *(Por la derecha. Trae en la frente un gran trozo de tafetán; su cara da fe de las tortas que ha recibido.)* ¡Buenas tardes!

Evaristo ¿Qué es eso, don Lino?

D. Lino *(Enfáticamente.)* ¡He matado a un hombre! Lo exigía el honor, y el honor y el valor son mis guías. ¡Sí! ¡He matado a un hombre! ¡Pobre Rebollo! *(Ríen todos.)* ¿Eh? ¿Pero qué es esto?

Moscoso Acta est fábula, don Lino: la comedia ha terminado. Lamento que haya sido usted la víctima.

Medina *(Entrando.)* Zambrano, que mañana damos

función: dilo a los compañeros y a tu mujer. *(Zambrano se va por el foro.)*

Encarnita *(Gritando.)* ¡¡¡Ah!!!... ¡¡Era un actor... y casado!!... ¡¡Mis sabonetas!! *(Vase tras de Zambrano.)*

Moscoso Puedes deshacer el equipaje, Evaristo: no nos vamos mañana.

Antonio ¡Ricardo!

Moscoso Le he prometido a Paciencia pasar en Cáceres todo el verano.—*Telón.*

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Undécima edición.)

De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir a tiempo, entremés en prosa

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de La Jarosa, comedia en tres actos. (3.ª edición.)

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La Conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus pies, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer, paso de comedia.

Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.

Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)

San Pérez, juguete cómico en tres actos.

El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)

El Castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)

La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)

El Fresco del Fuego, entremés.

El ardid, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La farsa, juguete cómico en tres actos.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

3 0112 117486560

Precio: 3,50 pesetas